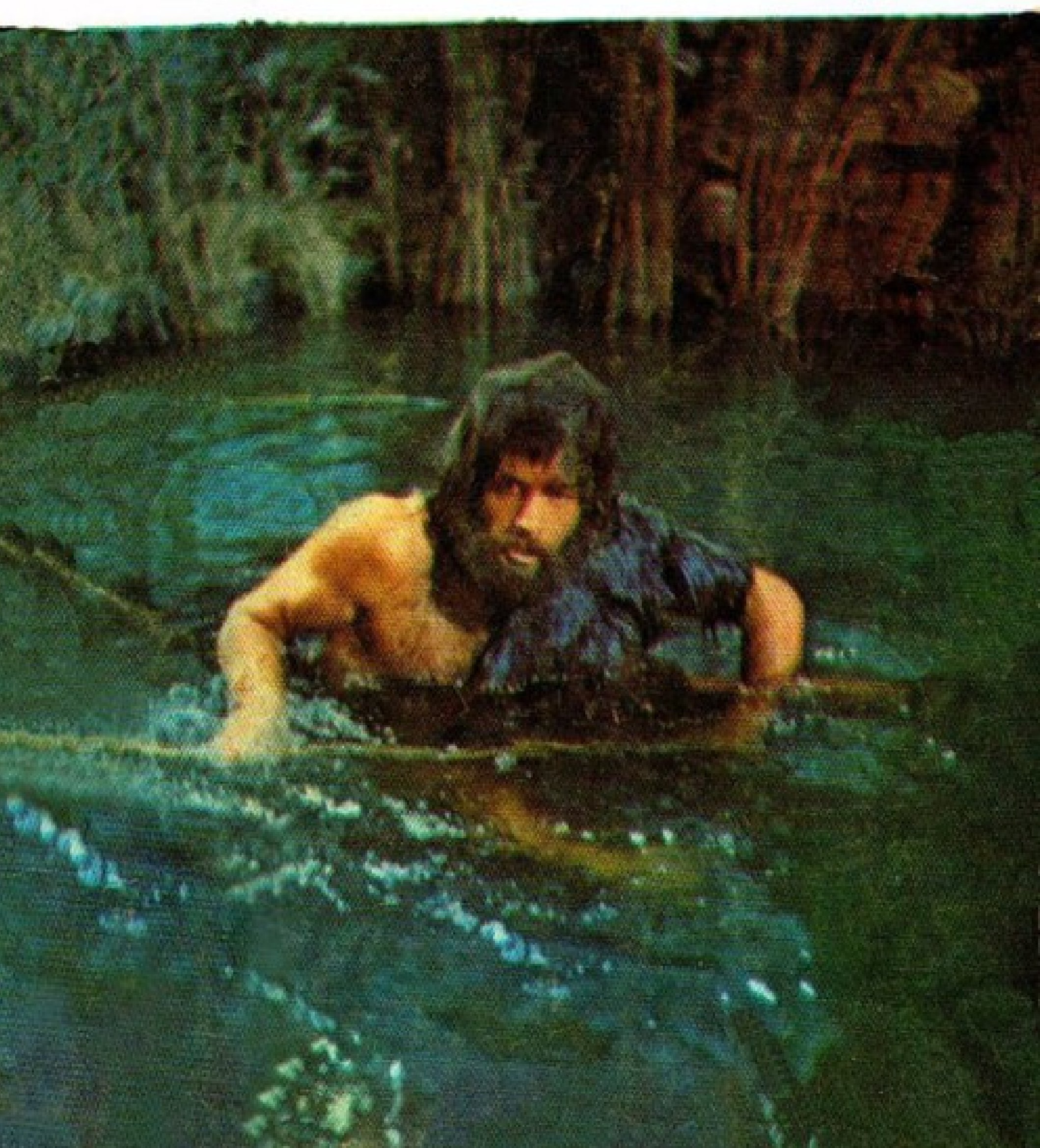
ESPACIO
El mundo FUTURO

el péndulo del tiempo

clark carrados



EL PÉNDULO DEL TIEMPO

Título Original: *El Péndulo Del Tiempo*

Colección: Espacio. El Mundo Futuro 416
UUID: ac5ae61e-e4cd-4813-bd3b-3aa7bdf4cb7c
Generado con: QualityEbook v0.79

I

Jake Díaz, honorable terrestre dedicado a una profesión que parecía ya extinguida, joven y no mal parecido, se levantó aquella mañana de primavera de 2377 con la boca espesa, la cabeza turbia y las piernas un tanto temblequeantes.

Cuando se hubo despabilado lo suficiente para poder abrir bien los ojos y mantenerse en pie sin agarrarse a las paredes, caminó hacia el baño y se miró al espejo.

—La pesqué buena anoche —murmuró, pasándose una mano por la cara.

Sin duda, pensó por eso había padecido tan horribles pesadillas. Nada menos que había soñado que asesinaba a un individuo.

—Y precisamente yo, un detective privado —dijo, haciéndose a sí mismo una mueca.

Abrió el armarito del baño y sacó una tableta efervescente, que se echó directamente a la boca. Ingirió un par de sorbos de agua y luego, tal como estaba, se metió bajo la ducha.

Fue despojándose de la poca ropa que llevaba mientras el agua le caía encima. A poco, sintiéndose algo mejor, cerró el agua y abrió el aire caliente.

Una vez seco, se pasó la afeitadora eléctrica por la cara, se dio un poco de colonia en las mejillas y se vistió. A continuación fue a la cocina, donde tomó un par de tazas de café bien cargado, que le dejaron el cuerpo en condiciones de poder dedicarse a su labor cotidiana.

—No me explico cómo pude emborracharme —masculló—. Yo, de ordinario, tan morigerado…

El timbre de llamada interrumpió sus reflexiones.

Abrió. Examinó con curiosidad a los dos sujetos que tenía frente a sí.

Lo primero que dedujo fue que no eran terrestres.

Las ropas, en apariencia, no se diferenciaban gran cosa de las que usaba cualquiera por la calle o en su casa, pero las pupilas ambarinas y la piel tostada, de un tono que no se conseguía en la Tierra ni siquiera artificialmente, delataron a los ojos de Jake la calidad de extranjeros de sus visitantes.

Ambos parecían de mediana edad, pero bien conservados. Uno de ellos, tras inclinar ligeramente la cabeza, dijo:

—¿Señor Díaz?

—¿Detective privado? —habló el otro.

—Sí…

—Tenemos precisión de hablar con usted —expresó el primero.

Jake extendió la mano a un lado.

—Por favor.

Los dos hombres entraron. Jake les condujo a su despacho, indicándoles sendos sillones sostenidos por antigravedad, como la mesa de despacho y su sillón de trabajo.

Un caso resuelto satisfactoriamente le había reportado unos sustanciosos honorarios, que le habían permitido la instalación del despacho con mecanismos antigravitatorios. Era caro, pero Jake se sentía muy satisfecho de haberse gastado el dinero en el mobiliario.

—Ustedes dirán —habló, cuando cada uno estuvo acomodado en su sillón.

—Vamos a encargarle la investigación de un asesinato —dijo uno de los visitantes.

—¿Un crimen? —dijo Jake.

—Sí —agregó el otro visitante.

Jake meneó la cabeza.

—Lo siento —respondió—. Olvídenme. Acuérdense de la policía. Eso es todo por mi parte.

Uno de los forasteros metió la mano dentro de su blusa y sacó algo que parecía un ladrillo de oro. El ladrillo voló por los aires y cayó sobre la mesa de Jake.

—Un millón de solares —dijo.

—Solares exteriores —añadió el otro intencionadamente.

—¡Glub! —hizo Jake.

Había dos clases de moneda, cuya unidad se llamaba solar: solar interior, para la Tierra y su Sistema Solar, y solar exterior, que servía para el intercambio con los otros sistemas planetarios. El solar exterior tenía un valor de 11,37 con respecto al solar interior, media obtenida del valor de las restantes monedas galácticas.

Por lo tanto, lo que Jake tenía ante sus ojos, en billetes de plástico aurificado, eran once millones y pico de solares interiores.

Tocó uno de los billetes con la yema de los dedos. Cincuenta por

ciento de plástico incombustible, con una tremenda resistencia al desgaste y la corrosión, y cincuenta por ciento de oro.

—¿Por qué? —preguntó lacónicamente.

—No somos terrestres —dijo uno de los visitantes.

—Salta a la vista —contestó Jake.

—Ustedes —agregó el otro—, tienen unos puntos de vista muy distintos.

—Quiero decir —siguió su compañero—, que están habituados a contemplar las cosas, y a examinarlas, de una forma completamente inhabitual para nosotros.

—Están avezados al análisis, la discusión, al estudio de las probabilidades.

—… y son unos maestros en la escolástica y en la filosofía.

—Hipótesis, tesis y antítesis.

—Lo cual no excluye el uso de los puños cuando es necesario.

Jake estaba boquiabierto.

—¿Son uno o son dos? —preguntó.

—Puede llamarnos de esa forma, precisamente —dijo el primero que había hablado—. Uno y Dos.

—Yo soy Dos —dijo el otro.

Jake encendió un cigarrillo. Lo estaba necesitando.

—Bien, suponiendo que aceptara el caso…

—Lo aceptará —afirmó Uno.

—Ese millón de solares exteriores son sus honorarios —agregó Dos—. Le daremos otro si resuelve el caso y encuentra al asesino.

Jake consideró la proposición.

—¿Quién es el interfecto? —preguntó.

—Tkimos-30, de Lroimos. Bueno, Lroimos es el nombre de la estrella. En realidad, Tkimos-30 pertenece al XI planeta, VII Sistema.

—Sí. ¿Y…?

Dos se inclinó hacia adelante.

—Señor Díaz —dijo—, usted es joven, pero no un chiquillo ni tampoco un anciano. Ha alcanzado un equilibrio de juventud y madurez que le hace ideal para ciertas clases de trabajos.

—Es acometedor cuando la ocasión lo requiere, pero no se lanzará como un toro enfurecido a la menor provocación, sino que antes sospesará con todo cuidado la menor probabilidad de éxito.

—Y de fracaso también.

—Y, por último, aparte de su inteligencia, existe la discreción existente en torno a su persona y la que observa cuando trabaja.

Jake sonrió.

—Me extraña que no hayan traído un fanal para ponerme dentro —sonrió—. ¿Por qué he de encontrar al asesino?

—Para arrebatarle la Clave de Los Siete Cerebros —dijo Uno muy seriamente.

—¿Eh? —respingó Jake.

—En nuestro planeta, hay una caja de caudales… llamémosla así, con nombres terrestres —dijo Dos apaciblemente.

—Esa caja de caudales tiene siete llaves… cada una de las cuales está dentro de la mente de una persona —continuó Uno.

—La palabra llave no es correcta. En realidad, llave no hay más qué una y de tipo más bien sencillo.

—Lo que importa es la clave. Cada uno de los siete individuos poseía la séptima parte de la clave.

—Seis han muerto ya y los asesinos les han robado sus séptimas partes de la clave.

—Sólo queda uno con vida. Si los asesinos consiguen encontrarlo y darle muerte, el secreto mejor guardado de la Galaxia, habrá pasado a poder de manos de una banda de gentes sin escrúpulos.

—Que lo usarán para su propio provecho, sin importarles que puedan morir miles de millones de personas.

Los ojos de Jake iban de Uno a Dos y de Dos a Uno alternativamente. El joven estaba atónito.

—¿Qué es lo que hay dentro de la caja de caudales? —preguntó.

—Eso no debe preocuparle. Lo que queremos —contestó Uno— es, no sólo hallar al o a los asesinos de Tkimos-30, sino impedir que maten a la persona que posee la última séptima parte de la clave.

—¿Y todo eso… debe hacerse aquí, en la Tierra, a casi cuatrocientos años luz de su mundo? —preguntó Jake, lleno de asombro.

—Sí, porque Tkimos-30 ha muerto en la Tierra y la persona que posee la última séptima parte está en la Tierra —contestó Dos.

—¿Quién es?

Uno y Dos pusieron cara de circunstancias.

—No lo sabemos —contestaron a dúo.

Jake se pasó la mano por la cara.

—Es la cosa más disparatada que he oído en los días de mi vida —masculló.

—Que son once mil setecientos setenta y cinco, dado que tiene treinta y cinco años y haciendo abstracción de los bisiestos —dijo Uno.

Pero el chiste no le hizo gracia a Jake.

—Me siento incapaz de resolver un caso semejante —murmuró.

—Repare en el dinero —observó Dos.

Jake miró aquel impresionante ladrillo de billetes amarillos.

—Y luego dicen que sólo los terrestres poseemos ciertas cualidades psicológicas que…

—Bueno, —sonrió Uno—, sabemos que les gusta el dinero.

Jake hizo una mueca.

—De modo que no puedo saber qué hay dentro de la caja de caudales —murmuró pensativamente—. Seis de los claveros han muerto ya y el séptimo corre peligro de ser asesinado, pero ni ustedes mismos saben quién es.

—En efecto —concordó Uno.

—¿Cómo sabían que el sexto clavero era… eso, el sexto clavero? —preguntó Jake.

—No lo sabíamos. Simplemente, nos lo han participado de la Embajada —respondió Dos.

—Tkimos-30 ha muerto asesinado —dijo Uno—. Era un historiador que estaba haciendo un curso en la Tierra. Al morir asesinado, la policía dio cuenta a la Embajada y la Embajada a nuestro gobierno. De allí fue de donde llegó la noticia.

—Y nadie en el gobierno lo hubiera sabido tampoco, a no ser porque se apagó la sexta lámpara en la caja de caudales —agregó Dos.

—Hay siete lámparas encendidas permanentemente. Cuando un clavero muere, se apaga su lámpara apenas se comunica la noticia… El procedimiento es muy complicado y se lo explicaremos en mejor ocasión —se disculpó Uno—. Ahora, bástele saber que el séptimo clavero está en la Tierra y que, si no intervenimos pronto, con su valiosa ayuda, los asesinos entrarán en posesión de la clave total, abrirán la caja de caudales y…

—Es preferible no pensar en lo que puede ocurrir después —dijo Dos.

—El gobierno, debido a lo excepcional de la situación, violó una norma que, hasta ahora, se había tenido por inquebrantable: averiguar y comunicar la identidad del séptimo clavero. Entonces se supo que estaba en la Tierra.

—¿Aquí?

—En Ciudad Capital —corroboró Dos.

—¿Cómo se llama?

—No lo sabemos…

—¡Pero esto es absurdo! —estalló Jake—. Lo sabe el gobierno… y no se lo va a decir a ustedes, para que eviten su asesinato. Díganme el nombre de esa persona o renunciaré en el acto.

—Está bien —claudicó Uno—. Dikreia-11.

—¿Una mujer?

—Sí.

—Espero que, al menos, sea joven y bonita.

Dos sacó una fotografía y se la tendió.

—Lamento decepcionarle —dijo.

Era vieja y horriblemente fea.

Jake hizo una mueca.

—De modo que, si los asesinos matan a Dikreia-11, la clave quedará completa… ¿Dónde guarda Dikreia-11 su séptima parte?

—En la mente. Antes de morir, los asesinos «vacían» su cerebro, por así decirlo —contestó Dos—. Extraen todos sus conocimientos y luego, una vez conseguido el objetivo, matan a la víctima.

II

Al quedarse solo, Jake examinó pensativamente el fajo de billetes que le habían entregado sus extraños visitantes.

Sopesó el dinero. Una fortunita… pero el encargo no tenía nada de fácil.

Debía hallar a los asesinos… pero, ¿no sería mejor encontrar antes a Dikreia-11?

—Y, ¿qué diablos hay en esa caja de caudales que la protegen de tan extravagante manera? —masculló rabiosamente.

No sabía por dónde empezar. De pronto, se puso en pie y caminó hacia un rincón del despacho, donde tenía algo que parecía un enorme armario de dos cuerpos.

En la mitad superior había una gran pantalla lectora. En la inferior una especie de cuadro de mandos, con botones de distintos colores y numerosas lamparitas piloto. Jake tocó unos cuantos botones y luego, con voz clara y distinta, dijo:

—Informe sobre la muerte del ciudadano de Lroimos, Tkimos-30.

La máquina era un transmisor de noticias, con los suficientes circuitos para ir almacenando las más importantes. Un selector desechaba las que Jake no utilizaría corrientemente.

Transcurrieron algunos segundos. Luego, se oyó un altavoz:

—Tkimos-30, de Lroimos, historiador, 50 años terrestre, habitante en Ciudad Capital, fallecido por colapso cardíaco en su domicilio, Avenida de Saturno, 12.379. Fecha del fallecimiento: 9 de abril de 2377.

Jake paró la máquina. No le daría más detalles.

—Colapso cardíaco —murmuró—. Y ellos han dicho que murió asesinado. Claro que un ataque al corazón puede simularse…

Encendió un cigarrillo y se paseó por el despacho, mientras reflexionaba, a veces en voz alta.

—De modo que murió hace casi una semana… y han tardado todo ese tiempo en venir a buscarme… Claro, habrán querido hacerlo por sí mismos y se habrán dado cuenta de que les resultaba imposible.

Miró de nuevo el fajo de billetes.

—Hay como para tomarse unas buenas vacaciones —sonrió.

De pronto, se dijo si le resultaría conveniente visitar el apartamiento donde Tkimos-30 había hallado la muerte.

—No me estorbará —convino al cabo.

Fue a su dormitorio, para concluir su atuendo. Entonces vio en un rincón un impermeable oscuro y unos zapatos para la lluvia.

—Anoche llovía, pero yo no salí —murmuró, mientras recogía las prendas y las volvía a su sitio.

De pronto se quedó parado.

—¿No salí? ¿Y la borrachera que pesqué? En casa no fue, desde luego…

Se sintió muy afligido al darse cuenta de la gran cantidad de alcohol que había ingerido.

—¡Mira que no acordarme de que había salido!

Momentos después, estaba en la terraza de la casa donde vivía. Montó en su automóvil, un pequeño vehículo de dos plazas, y partió de inmediato, por el canal aéreo más corto, en dirección a la Avenida de Saturno.

La ciudad, vasta, inacabable, compuesta por millares de altísimos edificios, entrecruzados por innumerables niveles para la circulación inferior. No tardó en encontrar la casa que buscaba.

Descendió en la terraza. El portero no le puso el menor inconveniente.

Era un rascacielos de doscientos veinte pisos. La terraza medía ciento treinta metros de lado y en diferentes cotas y, lados de su fachada, tenía numerosos accesos, aparte de las puertas situadas al nivel del suelo. La llegada y partida de gravimóviles era cosa normal.

El ascensor le llevó hasta el piso donde estaba el apartamiento que había ocupado Tkimos-30. Metió la mano en el bolsillo y sacó algo que le había hecho un rufián agradecido a un favor que le había prestado en tiempos: una llave universal.

Le habría costado la licencia y un par de años de cárcel, si se la hubiesen encontrado encima. En toda la ciudad, no habría arriba de una docena de llaves universales y todas ellas en manos de las autoridades. Las llaves universales no se podían usar sino con mandamiento de un juez. Si Jake hubiese querido comprarla, suponiendo que hubiera podido hacerlo, la recompensa ofrecida por

los de Lroimos, aun siendo exorbitante, habría parecido ridícula.

Entró en el piso sin dificultades. Olía a habitación cerrada.

—Naturalmente, si no está habitado, no funcionan los sistemas de aireación —murmuró.

Empezó a revisar la casa, palmo a palmo, buscando algún rastro del asesino. Uno y Dos ni siquiera sabían quién había podido ser.

Al cabo de una hora, pisó una alfombra y le pareció que había algo irregular debajo. Llevaba un calzado de suela muy blanda y ello le permitió notar el bulto con toda facilidad.

Separó el pie, se agachó, levantó la alfombra y cogió con dos dedos el objeto que había llamado su atención.

Era un vulgar gemelo de oro, con dos iniciales: J. D.

Largo rato permaneció Jake contemplando el gemelo.

Era suyo.

No cabía la menor duda. Seis meses atrás, se lo había regalado un cliente agradecido, con sus iniciales grabadas.

¿Se lo habían robado para dejarlo allí como prueba acusatoria en contra suya?

De pronto recordó la pesadilla que había tenido durante la noche.

Había soñado que asesinaba a una persona. No tenía la menor idea de quién podía ser la víctima, pero se veía a sí mismo tapando la cara del… —¿hombre? ¿mujer? —con algo que le impedía respirar. No había sido un asesinato sangriento ni con detalles morbosos, pero los resultados finales habían sido los mismos: la muerte de la víctima.

Pero él no había conocido jamás a Tkimos-30 ni siquiera había oído su nombre hasta que los de Lroimos fueron a visitarle.

En cuanto al gemelo de oro, sencillamente, no lo usaba. Era un regalo de poco gusto, pero tampoco pudo rechazarlo cuando se lo ofrecieron.

Y ahora aparecía allí… en una casa en la que estaba por primera vez.

¿Era él el asesino?

De pronto, oyó pasos en la estancia contigua.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó alguien.

Jake guardó el gemelo presurosamente.

—¡Eh, oiga! —dijo la misma voz.

Jake dio dos pasos hacia la puerta. Ésta se abrió y una hermosa joven apareció ante sus ojos.

—¡Oh! —exclamó ella—. Dispense si le molesto…

—De ninguna manera —contestó Jake—. Ya me iba…

Ella miró en torno suyo.

—Buscaba al inquilino —manifestó.

—No lo encontrará nunca —dijo Jake.

Los ojos de la muchacha se oscurecieron.

Jake la contempló en silencio. No cabía la menor duda: era de Lroimos.

La tez tostada de su rostro, brazos y piernas, así lo indicaba. Pero si bien la mayoría de las mujeres de Lroimos tenían el pelo intensamente negro, el color del de la muchacha era de un tono leonado, brillante, singularmente atractivo.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué le ocurrió?

—Colapso cardíaco.

—¡Cuánto lo siento!

—¿Era pariente suyo? —preguntó Jake.

—No… Simple conocido.

A Jake no se le escapó la leve vacilación de la chica.

—Comprendo —dijo—. Tengo entendido que era un profundo historiador.

—Por eso vine a verle. Yo soy estudiante de Historia Galáctica.

—¿Ha llegado hace mucho de Lroimos?

—Un par de semanas. Pero estuve antes visitando algunos de los lugares más atrayentes de la Tierra. Un planeta muy interesante, señor…

—¡Oh, perdón! —sonrió el joven—. Díaz, Jake Díaz.

—Yo me llamo Elyn Ta.

—¿Elynta? —repitió él.

—No. Ta es el apellido, Elyn es el nombre.

—Entiendo. Bien, creo que no puedo hacer más en su favor… a menos que necesite un guía.

—Gracias —contestó ella—. Tengo buenos libros sobre la Tierra y me gusta ir un poco al azar.

—Como prefiera, señorita.

Ella se volvió para salir. Jake apreció la rectitud de su espalda, la esbeltez de su cintura y la espléndida línea de sus piernas. Aun sin tacones, era casi tan alta como él y no resultaba construida desproporcionadamente, antes al contrario, le pareció llena de gracia y armonía físicas.

—Adiós, señor Díaz.

—Adiós, señorita Ta.

De pronto, ella se volvió y, contemplándole con sus pupilas ambarinas, dijo:

—Aunque, ¿quién sabe? Pudiera necesitar de usted —sonrió hechiceramente—. ¿Quiere dejarme su dirección?

—Muy complacido —respondió él.

Le entregó una tarjeta de visita y Elyn la guardó en el bolso que pendía de su hombro.

—Ha sido un placer —murmuró.

—Mutuo —sonrió Jake.

Pero cuando se quedó solo, abrió la mano y contempló aquel gemelo de oro que, sin duda alguna, era suyo.

¿Era el asesino de Tkimos-30?

* * *

—Eres un inventor pobre, pero honrado y, además, no tienes sentido de la publicidad —dijo Jake.

Pete Douglas llenó dos tazas con agua caliente y las puso sobre la mesa. Luego abrió el tubito de las tabletas de café instantáneo y se lo dio a su visitante para que se pusiera a su gusto.

Jake se sirvió dos tabletas y dos terrones de azúcar. Removió todo con una cucharilla y tomo un par de sorbos.

—Todo eso que me has dicho lo sé: soy nauseabundamente honrado —reconoció Douglas—. Pero tengo alergia a las trampas, de cualquier clase que sean.

Jack terminó su taza de café.

—¿Cómo funciona tu cronomóvil? —preguntó.

—Magníficamente.

—¿Qué hace el gobierno que no te monta una fábrica?

Douglas rio agriamente.

—Cuándo fui a ver al senador de mi circunscripción para pedirle

ayuda, ¿sabes lo que me contestó?

—No. ¿Algo gordo?

—Dijo que estábamos en el siglo XXIV y que la época de los brujos y los hechiceros había pasado más de mil años antes.

—Y tú, ¿qué le contestaste?

—De momento, nada. Al día siguiente, le envié una bala de alfalfa.

—Dudo mucho que comprendiera la indirecta —manifestó Jake —. De modo que tu cronomóvil funciona.

—Como un reloj.

—No hagas chistes malos —masculló Jake—. Siendo cosa del tiempo se comprende. Bueno, ¿qué necesitarías para montar una fábrica de cronomóviles?

—Primero, un cronomóvil no es un gravimóvil que lo puede usar cualquiera, métete eso en la cabeza. Solamente podrá usarse en investigaciones…

—¡Pum!

Douglas respingó.

—¿Qué?

—¡Te cacé! ¡Investigaciones! ¡Para eso lo quiero yo, Pedrito!

—Me llamo Pete…

—Lo mismo da. Has dicho investigaciones.

—Sí. Científicas, históricas…

—Y de tipo criminal.

Douglas se quedó mirando a su amigo de hito en hito.

—Olvidaba que tú eres detective privado —dijo—. ¡Pero nunca interviniste en casos de semejante índole! ¡Eso queda para la policía!

—Lo sé.

—Te juegas…

—Me juego la licencia y también algo más, Pedrito.

—¡Qué el diablo me lleve si te entiendo!

—Voy a tratar de aclarar tus dudas —dijo Jake.

—Te lo agradeceré infinito —pidió Douglas cortésmente.

—Con tu cronomóvil, una persona puede desplazarse en el tiempo y en el espacio adonde quiera, ¿no es así?

—El desplazamiento espacial es limitado, pero el temporal puede abarcar muchos miles de años.

—Me conformaré con una semana, Pedrito. ¿Manejarás tú el cronomóvil?

—Por supuesto. No quiero que cometas pifias con una cosa bastante complicada no ya de construcción, que eso se da por sentado, sino de manejo… ¡Eh, estoy diciéndote que sí y…!

Jake sonrió.

—Somos amigos y, entre amigos, no debe haber secretos. —Sacó un puñado de billetes y los puso sobre la mesa—. Una de las cosas tuyas que no constituye ningún secreto es tu falta crónica de dinero.

Douglas suspiró.

—No lo sabes bien —dijo—. ¿Qué más?

—Sencillamente, quiero comprobar, por medio de tu cronomóvil, si es cierto —desgraciadamente, empiezo a pensar que sí— maté a una persona.

III

Pete Douglas se paseaba furiosamente por el cobertizo, mientras Jake le contemplaba fumando un cigarrillo con expresión apacible.

El cronomóvil estaba en un lado del cobertizo. Aparentemente, parecía un gravimóvil corriente, salvo sus dimensiones, algo mayores. Pero el cronomóvil necesitaba una unidad propulsora, a fin de poder realizar sus desplazamientos en el campo espacial.

Douglas se detuvo de pronto y miró a su amigo con expresión colérica.

—¡Eso que pretendes es una locura, Jake! —gritó.

—¿Por qué? —preguntó el joven tranquilamente.

—No puedes efectuar un desplazamiento en tu misma línea temporal. Es una paradoja insalvable.

—¿Insalvable?

—Sí, justamente. ¿Cómo vas a querer viéndote a ti mismo, hacer lo que hiciste unos días antes? Si estamos a quince de abril, tú no puedes estar al mismo tiempo en el quince de abril y en el nueve, que fue cuando murió ese Tkimos-30.

—Entonces, tu cronomóvil es una porquería.

—¡No hables así de mi invento! —chilló Douglas.

—Hablo como me da la gana. ¡Pues no faltaría más! —dijo Jake, empezando a perder la paciencia—. Si no puedo ir en el tiempo adonde me dé la gana, ¿para qué diablos me sirve ese trasto?

—Jake, por el amor de Dios, trata de comprender… Retrocedes en el tiempo a lo largo de tu línea temporal…

—Eso sería si quisiera quitarme años y empezar de nuevo. Pero no pretendo tanto, sino solamente comprobar si soy o no un asesino.

—Tienes las pruebas, ¿no?

—Puede que sí, puede que no. El hallazgo de un gemelo bajo la alfombra, legalmente, sólo demuestra que es mío y aun así, si lo reconozco, yo. Hay muchos que usan mis mismas iniciales y es un tipo de gemelo de uso bastante corriente. John Dilling, Jean Dupont, Jan Duklas… miles, millones de personas tienen unas iniciales idénticas a las mías…

—Pero tú dices haber soñado que asesinabas a Tkimos-30. ¿No

padecerás sonambulismo?

—Cuando me echo a dormir, es como si cayera una piedra en la cama —aseguró Jake muy serio—. Además, el retroceso temporal será paralelo, no en la misma línea…

Douglas extendió la mano derecha.

—Conforme, pero si algo te ocurre, no te quejes luego —dijo.

—¿Qué puede ocurrirme? —preguntó Jake.

—Que se realice la paradoja temporal.

—¿Y…?

—Sencillamente, volviendo al campo temporal normal, te encontrarías duplicado.

Jake se mordió los labios.

—Habrá un medio de evitarlo, supongo —dijo.

—Sí, uno.

—¿Cuál?

—Seguir mis instrucciones al pie de la letra. Si las desobedeces…

—Habrá dos Jake Díaz.

—O ninguno. Podrías desaparecer como si jamás hubieras existido.

Jake reflexionó unos momentos.

Al fin, dijo:

—Cualquier cosa es preferible antes que pasar por un asesino sin serlo, Pedrito.

—Muy bien. Aguarda un momento. Voy a por una palangana.

—No te hagas el gracioso; no necesitas lavarte las manos —rezongó Jake—. ¡Al cronomóvil!

* * *

La atmósfera vibró con suaves ondulaciones, que alteraban la visión de las cosas. Poco a poco, el ambiente se estabilizó y cesó aquella desagradable sensación, próxima al mareo.

—Creo que hemos llegado en el momento justo —dijo Douglas.

—¿No nos verán? —preguntó Jake.

—No. Estamos en otra dimensión temporal, «fuera» de ellos y de su ambiente y en un plano que podríamos calificar de superior.

—Lo cual significa que observaremos las cosas desde una

perspectiva temporal más elevada.

—Dicho con palabras profanas, así es.

Jake movió la cabeza.

Estaban en el despacho donde trabajaba el profesor Tkimos-30.

«Él» también estaba allí.

A Jake le producía una aflictiva sensación verse a sí mismo de una manera muy distinta a como se hubiera visto reflejado en una pantalla cinematográfica. Aquel sujeto que estaba con Tkimos-30 era él… y él estaba viéndose, fuera del tiempo y del espacio en que se movía su otro yo.

—Increíble —murmuró.

Tkimos-30 estaba sentado en un sillón, al cual quedaba sujeto por unas vulgares ligaduras.

Parecía desvanecido, pero su respiración era normal. En la cabeza tenía un casco de forma casi oblonga, de cuyo centro, en la parte superior, partían una docena de cables de varios colores, todos los cuales iban reuniéndose sucesivamente, hasta componer uno de color gris fuerte, que desaparecía en el centro de una gran caja, tamaño maleta, situada a espaldas del sillón.

—¿Qué hace con ese casco? —preguntó Douglas.

—Vaciarle los sesos —respondió Jake.

—¡Eh!

—Bueno, no físicamente, sino mentalmente. Le extraen todos sus conocimientos y…

—¿Y qué?

—Pues no sé más —rezongó Jake—. Los aprovechan de algún modo, eso es cuanto sé.

—Una extraña manera de hipnotismo, ¿no?

—Algo por el estilo.

Pasaron algunos minutos; De pronto, el otro Jake dio media vuelta a un interruptor situado en la maleta y, a continuación, quitó el caso de la cabeza de Tkimos-30.

Guardó el casco en una caja de aspecto similar a la de la maleta, junto con el manojo de cables. Acto seguido, desató a Tkimos-30 y metió las cuerdas en la misma caja.

Sin perder tiempo, cargó con el historiador y lo llevó a su dormitorio.

—Sígueles —dijo Jake.

Douglas hizo funcionar el mando espacial del cronomóvil. Un segundo después, estaban en el dormitorio de Tkimos-30.

—¡Repugnante! —dijo Douglas.

—¡Canallesco! —añadió Jake.

Su otro yo había puesto una almohada sobre la cara de Tkimos-30, tendido en el lecho, y la apretaba con mano firme.

—¿No podríamos intervenir para evitar el asesinato? —preguntó Jake, que sudaba copiosamente al verse a sí mismo dar muerte a otra persona.

—¡Imposible! Ten en cuenta que Tkimos-30 está muerto ya.

Jake asintió tristemente. Era una línea del tiempo que ya no se podía alterar.

—Alguien me hipnotizó —dijo tristemente.

—¿Quién?

—No tengo la menor idea. ¡Y yo que creía que se trataba de una pesadilla! —murmuró Jake con acento de infinita amargura.

Al cabo de unos minutos, el otro Jake separó la almohada. Se inclinó unos momentos sobre Tkimos-30 y le puso una mano sobre el pecho.

—Ya ha muerto —dijo Douglas.

El otro Jake apagó la luz, giró sobre sus talones y salió del dormitorio. Inmediatamente, recogió la caja y la maleta y se dirigió hacia la puerta.

—Síguele, Pedrito —pidió Jake.

El cronomóvil se desplazó en el espacio. El otro Jake abrió la puerta, salió al pasillo y se dirigió hacia el ascensor.

Pero no entró. Dejo las maletas junto a la puerta y luego marchó en busca de la escalera.

—¿Por qué no se lleva los bultos? —preguntó Douglas.

—Hay una razón muy comprensible —contestó Jake—. Alguien tiene que venir a recogerlos. Yo no fui otra cosa que un instrumento en manos de los verdaderos asesinos.

—Pero, ¿por qué no lo hicieron ellos mismos?

—Opino que tal vez quisieron eludir el riesgo de no ser recibidos por Tkimos-30, lo cual habría comprometido el éxito de la operación.

—Es posible —admitió Douglas—. ¿Quieres que lo comprobemos?

—¿Retrocediendo más todavía?

—Sí, por supuesto.

—Espera un momento. Antes de hacer nada, quiero ver la cara del tipo que ha de recoger las maletas.

Pasaron algunos minutos. De pronto, se encendió una luz que indicaba iba a detenerse el ascensor.

—Ahí viene —dijo Jake.

Esperaron con los nervios en tensión. La puerta se abrió.

No salió nadie.

—¿Qué pasa ahí?

—¡Espera! ¡Ocurre algo…! —exclamó Douglas.

La atmósfera se enturbió repentinamente. De pronto, se sintieron inmersos en una espesísima niebla, que no permitía ver al otro lado de la cúpula transparente del cronomóvil.

La niebla duró treinta segundos escasos. Cuando se disipó, la maleta y la caja habían desaparecido.

—¡Abajo, Pedrito! —gritó Jake.

—¿Abajo… o arriba? —contestó Douglas—. ¿Cómo podemos asegurar que no se marcha en gravimóvil por la terraza, o en una cinta rodante a través de alguno de los niveles aéreos o…?

—¡Basta ya! —gruñó Jake, exasperado—. Haz cualquier cosa, pero que sea pronto.

Douglas arrojó una mirada al cuadro de mandos.

—No puedo hacer nada —suspiró resignadamente.

—¿Cómo?

—El tipo que se llevó las maletas vino provisto de un interferidor total: interferidor temporal y de espacio. No hay grabación de su rastro en el tiempo y en el espacio y, por lo tanto, no podemos seguirle.

Jake reflexionó durante algunos instantes.

—¿Quiere eso decir que suponían que podíamos observarles?

—Cubrieron todas las eventualidades —respondió Douglas—. Acaso no se figuren que estamos a bordo de mi cronomóvil, pero evitaron ser reconocidos por algún posible habitante del edificio.

—Entiendo. Se hicieron invisibles.

—Justamente.

Jake reflexionó durante unos momentos.

—Bueno, retrocede en el tiempo. Quiero verme llegando a casa

de Tkimos-30.

Douglas manejó los mandos del aparato. Minuto más tarde, se hallaban de nuevo en el apartamiento.

Tkimos-30 estaba escribiendo. De pronto, levantó la cabeza.

—Alguien llama —dijo Jake a media voz.

—Tú —contestó Douglas.

Tkimos-30 se puso en pie y atravesó el salón. Abrió la puerta y se encontró con el otro Jake, quien iba vestido con un mono blanco y llevaba dos cajas en las manos.

—Con su permiso, señor —saludó Jake—. Soy de la compañía de limpieza y conservación del edificio. Entre otras cosas, revisamos instalaciones, limpiamos alfombras, reparamos pequeños desperfectos en el mobiliario… En fin, a la administración le gusta tener los apartamientos en completo orden.

Tkimos-30 sonrió.

—Ah, muy bien —contestó—. Pase usted, amigo.

Jake cruzó el umbral. En el dorso de su mono de trabajo podía leerse:

COMPAÑÍA ACME STAR
Conservación de Edificios

Dejó las cajas en el suelo, se arrodilló y abrió una de ellas, de la que sacó un tubo del tamaño de un cigarro habano.

—Con su permiso, yo seguiré trabajando —dijo Tkimos-30.

—Está muy fatigado —respondió Jake. Apuntó con el tubo a la cara del historiador y le disparó un chorro de gas, que lo derribó instantáneamente.

Unos minutos más tarde, Tkimos-30, sumido en la inconsciencia, quedaba atado a un sillón. A continuación, Jake se quitó el mono y quedó con ropas corrientes.

—Y así empezó la cosa —dijo Douglas.

—No —contestó Jake-la cosa empezó cuando alguien vino a mi casa y me hipnotizó.

IV

Elyn Ta vestía un seductor conjunto de color naranja, que realzaba sus formas llenas y juveniles. El bolso y las botas hasta media pierna eran del mismo color, que contrastaba agradablemente con los tonos de su piel y de su cabello.

El conjunto, sin embargo, estaba estropeado por la expresión afligida que aparecía en el rostro de Elyn.

—Usted dijo que podía ayudarme, señor Díaz —manifestó.

—Fue usted la que dijo que podía necesitar de mí, pero es lo mismo. La ayudaré —contestó Jake.

—Gracias, señor Díaz. Cuando me fijé en su tarjeta con más detenimiento y vi que… Bueno, siendo detective privado, puede trabajar para mí.

—Hasta cierto punto. Tengo entre manos un caso interesantísimo.

—Le pagaré bien —aseguró Elyn.

—No es cuestión de dinero, señorita…

—Llámeme Elyn. En Lroimos no usamos tratamientos, Jake.

—A su gusto, Elyn. Pero ya le he dicho que… Bueno, dígame qué le ocurre.

—Mi tía. Ha desaparecido.

—¿Rapto?

—Temo que sí. Es riquísima… y en moneda exterior.

—En la Tierra aún se conserva la desagradable costumbre del secuestro para pedir rescate —admitió Jake llanamente—. Siga.

—Desapareció hace dos días. Debíamos habernos reunido en el *Hotel Imperial*, pero no compareció.

—¿Venía de Lroimos?

—Ya estaba en la tierra. Había llegado hacía casi dos semanas, poco después que yo. Acordamos una fecha para reunirnos en el *Imperial*, pero al ver que se retrasaba…

—Conforme. Vino a verme. ¿Se le ha ocurrido preguntar en el astropuerto?

—Mi tía llegó, de eso no hay duda alguna.

—¿Quién le ha sugerido la idea del secuestro?

—Bueno, las costumbres terrestres…

Jake meneó la cabeza.

—Algunas son pésimas, en efecto —admitió—. ¿Ha recibido algún mensaje de los supuestos raptores?

—No, y eso es lo que me extraña. Cuando se secuestra a una persona, se envía una nota con los datos necesarios para el rescate, ¿no es así?

—Teóricamente, sí; y casi siempre ocurre en la práctica. Por lo tanto, mientras no tengamos en la mano esa nota, no podremos hacer nada.

Elyn pareció decepcionarse.

—En ese caso, tendremos que esperar —dijo.

—Es lo más sensato. ¿Ha avisado a la policía?

—No me ha parecido prudente, por el momento.

—Está bien, pero si se pasan más días y su tía no aparece, tendrá que dar cuenta.

—De todas formas, usted podría intervenir, mientras tanto.

Jake reflexionó unos momentos.

Aquella chica había ido a casa de Tkimos-30. Ignoraba que el historiador estaba muerto. ¿Cuáles eran los motivos de su presencia en el domicilio de la víctima?

Sólo por esta razón hubiera aceptado Jake el encargo. Era soltero, pero no misógino, lo cual significaba que iba a intervenir a favor de Elyn por razón de sus posibles concomitancias en el asunto y no por su belleza y su desvalimiento.

Para los negocios, Jake solía dejar el corazón a un lado. Era una regla que observaba inflexiblemente… lo cual no impedía que, cuando la ocasión lo merecía, combinaba sabiamente dos elementos de gran provecho: placer y negocios.

—Conforme, intervendré, pero con entera libertad y a mi modo —respondió por fin.

Elyn respiró aliviada.

—Gracias, Jake. Se lo agradezco infinito.

—Espere a gritar vítores y frases de aliento cuando haya terminado. Mientras tanto, absténgase de elogios —dijo él en tono de buen humor—. Y ahora, por favor, necesito algunos datos.

—¿Cuáles?

—El nombre de su tía.

—Dikreia Krodk.

Jake miró a la joven.

—¿Krodk? —repitió.

—Perdón, quise decir Dikreia-11. Krodk es el nombre, en nuestro idioma, de la cifra-11. Yo me llamo Ta de apellido, pero no es sino la expresión de mi cifra, ya que me resulta más cómoda en la Tierra la sílaba Ta que no decir Un Millón Diez.

—Ya —dijo Jake, contemplándole con aire embobado—. Así que su tía es Once y usted Un Millón Diez.

—Sí, la T significa el millón y la A las diez unidades.

—Pero en el caso de su tía, el Krodk no tiene nada que ver…

Ella sonrió graciosamente.

—El idioma de Lroimos es muy enrevesado y tiene unas peculiaridades capaces de volver loco al más reputado lingüista. Como yo tengo la cifra un millón, la de decena se expresa por una simple letra… hablando en lenguaje terrestre, por supuesto. Así, en el caso de mi tía, Krod es la decena y K la unidad. Pero si otra persona, por ejemplo, tiene la cifra cien como inicial de su numeración…

—Basta ya, por favor —cortó Jake, mareado por aquella absurda construcción del lenguaje de Lroimos—. Dejemos a un lado la semántica y la sintaxis. Así que usted es sobrina de Dikreia-11.

—Sí —contestó Elyn.

—¿La ha visto después de su llegada a la Tierra?

—No. Quedamos en…

—… reunirse en el *Imperial*, lo sé. Y teme que la hayan secuestrado.

—Sí.

—Escuche bien esto que la voy a decir y luego sea franca por completo. ¿Me ha entendido?

—Sí, Jake.

—¿Usted sospecha que la han secuestrado a causa de las «costumbres» terrestres… o por otra causa que no tiene nada que ver con la anterior? Medite bien la respuesta antes de darla, Elyn —pidió Jake.

Ella no vaciló un solo instante.

—¿Por qué otra cosa iba yo a sospechar del secuestro? —contestó.

—¿Ha hablado alguna vez con su tía de los siete claveros de

Lroimos?

—¿Qué son los siete claveros?

Hubo una pausa de silencio.

—Elyn-dijo Jake al cabo—, quizá no le guste, pero si quiere que siga adelante, he de someterla a la prueba de la verdad.

—Haga lo que guste. Le he sido absolutamente sincera.

—De todas formas… Venga, por aquí.

La muchacha se puso en pie.

Jake era un detective científico en todos los aspectos, lo cual no excluía dar un par de buenos golpes si era necesario. Pero mientras podía, desechaba el uso de la fuerza.

El zumbador del visófono sonó de pronto.

—Perdóneme, Elyn —dijo Jake.

—No faltaría más.

Jake dio el contacto y la pantalla del visófono se iluminó de inmediato. La figura de su amigo Douglas apareció en el rectángulo de vidrio deslustrado.

—Hola, Pedrito —aludo el joven.

—Buenas noticias, Jake —contestó Douglas.

—Me alegro. ¿Has localizado al hipnotizador?

—Dos, Jake. Eran dos los que te hipnotizaron.

—Vaya, parece que actúan por parejas. ¿Y…?

—Les hice una fotografía…, bueno, una cuantas, desplazando el cronomóvil ligeramente, a fin de tomarlos desde distintos ángulos. Llegaré en seguida.

—Espérate un poco, Pedrito. Voy a someter a una cliente a la prueba del detector de mentiras y tu llegada podría causar alguna perturbación en los circuitos de mi máquina o viceversa.

—Comprendo. ¿Diez minutos?

—Mejor quince. Hasta luego y gracias, Pedrito.

Jake cortó la comunicación.

—¿Quién es Pedrito? —preguntó Elyn.

—¿Pedrito? se llama Pete Douglas y es un científico amigo mío que colabora conmigo en un caso… Pero siéntese aquí, por favor.

Jake condujo a la chica hasta un cómodo sillón, que casi se transformó en una litera, mediante el adecuado empleo de unas ruedas y unas palancas. Sujetó brazos y piernas con unas abrazaderas de metal y luego le colocó un casco en la cabeza.

—Voy a estropearle el peinado —dijo.

—No importa. Adelante.

El casco tenía un grueso cable, que se unía a una consola de mandos, en la cual se veía una pantalla circular. Jake empezó a tocar una serie de teclas y botones, con el resultado de que la pantalla se encendió en rojo a los pocos segundos.

Entregó un micrófono de cable a la muchacha.

—Hable pausadamente y con los labios cerca. Si duda, medite, pero dé la respuesta que cree es exacta.

—Comprendo —dijo Elyn.

—Ahora, relájese y deje la mente libre, receptiva. Despreocúpese de todo.

—Sí, Jake. Cuando quiera.

Jake tomó otro micrófono análogo y se sentó en un taburete con ruedas, frente a la pantalla roja. En el centro de la misma y en sentido horizontal, se divisaban dos líneas negras, atravesadas verticalmente por una serie de líneas más pequeñas a modo de graduaciones de una escala de medida.

—¿Ha oído hablar alguna vez de los siete claveros de Lroimos, Elyn? —preguntó.

—No, nunca.

Una línea de vivo color amarillo cruzó lenta y rectamente por el espacio situado entre las dos negras y desapareció por el lado opuesto.

«Respuesta sincera», pensó Jake.

—¿Su tía no le ha mencionado jamás ese asunto?

—No.

—Sumérjase en lo profundo de su mente. Trate de recordar. ¿Es cierto que su tía no le ha hablado jamás de los siete claveros?

—No, Jake.

La línea amarilla continuaba siendo recta.

—En Lroimos, ¿no se comenta entre el pueblo dicho asunto?

—Yo nunca he oído nada al respecto. Usted es el primero que me lo menciona. ¿Qué son los siete…?

—¡Por favor! —cortó él bruscamente—. Ahora estoy haciendo yo las preguntas, Elyn.

—Discúlpeme, Jake —rogó ella con humildad.

—Discúlpeme usted. Me he portado como un bruto. Sigamos,

Elyn.

—Cuando quiera, Jake.

—He podido deducir que aprecia mucho a su tía.

—Sí.

—Un viaje a la Tierra, desde Lroimos, no está al alcance de cualquiera. Pero me parece más lógico haberse reunido aquí con su madre… o sus padres…

—No los tengo. Murieron cuando yo tenía cinco años… terrestres, por supuesto. Mi tía me recogió y…

—Vivió siempre con ella. Una historia completamente terrestre. Así se comprende el cariño.

—La quiero mucho, Jake.

—Su tía es una mujer afortunada.

—Pero ahora la han secuestrado.

—Lo sé, y empiezo a creerla. Dígame, ¿recuerda usted si en alguna ocasión permaneció ausente de su casa una larga temporada?

Elyn dudó unos instantes.

—No. Al menos, no lo recuerdo. ¿Por qué lo pregunta?

—Era una posibilidad… Dejémoslo, Elyn. ¿Qué hizo usted antes de venir a la Tierra? Hicieron el viaje separadas, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo estaba terminando mi licenciatura de Historia Pangaláctica y ello me retrasó unos días. Mi tía tenía ya el billete adquirido y no encontró cancelación para el siguiente viaje.

—Comprendo. Ahora, dígame una cosa. ¿Recuerda si, antes del viaje, uno, dos o pocos días antes, su tía y usted estuvieron hablando confidencialmente en su… casa de Lroimos?

Hubo una pausa de silencio.

—Espere —dijo Elyn—. Me parece recordar… ¡Sí! ¡estuvimos hablando de… de…!

¡CRAASH!

Algo saltó de repente con gran estruendo.

Elyn chilló y tiró el micrófono. Jake, por su parte, hizo lo mismo al ver que se rompía el vidrio de la pantalla, sin causa aparente que lo justificara.

El humo empezó a salir por las junturas de la máquina.

Temeroso de que la muchacha pudiera sufrir algún daño, Jake le quitó el casco y lo lanzó a un lado.

Luego cortó la corriente por el interruptor general.

Soltó las abrazaderas y Elyn se puso en pie, pálida y visiblemente asustada.

—¿Qué ha pasado, Jake? —preguntó.

El joven tenía la cara contraída.

—Ha debido de ser un falso contacto —mintió—. Pero para usted, sin consecuencias, por fortuna.

—Me he llevado un gran susto —confesó Elyn.

—Nos lo hemos llevado —corrigió Jake—. Así que antes del viaje, usted y su tía estuvieron hablando confidencialmente.

—Sí, aunque no puedo recordar ahora de qué, Jake. Es curioso, cuando estaba tendida en el diván, creía conocer el tema de la conversación, y se lo iba a decir, pero al romperse la máquina, perdí la memoria…

—En determinadas condiciones, la máquina estimula al subconsciente —declaró Jake.

—Si es así, podemos comprar otra —dijo Elyn con gran vehemencia—. ¿Juzga usted muy importante conocer el tema de la conversación?

—Por supuesto, pero, en cuanto a comprar otra máquina… Bueno, me costó años obtener la autorización para poder tener una. Las cosas se han simplificado ahora un tanto, pero, de todas formas, antes de seis meses no la tendría aquí. Las máquinas de la verdad son una cosa en la que interviene el gobierno y muy seriamente, créame.

El rostro de Elyn expresó decepción.

—¿Y qué haremos, Jake? —preguntó.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

V

Era Pete Douglas.

—Hola —saludó, con expresión sonriente—. Jake, caramba, no esperaba verte tan bien acompañado.

Jake hizo las presentaciones. Luego explicó:

—Vino apenas te fuiste. Bien, ¿traes las fotografías?

—Por supuesto —contestó Douglas—. Usé placas instantáneas y te aseguro que salieron asombrosamente fieles. ¡Mira!

Douglas metió la mano en el bolsillo y extrajo unas cuantas cartulinas de forma rectangular que entregó a su amigo. Jake las tomó, las contempló cuidadosamente durante algunos segundos y luego levantó la vista.

—Pedrito, hijo ¿estás bien de la cabeza? —preguntó.

Douglas respingó, mientras Elyn se tapaba la boca para no echarse a reír.

—¿Qué diablos estás diciendo, Jake? —masculló el científico enojadamente.

Jake puso las cartulinas en abanico, como si fueran naipes.

—Nada por aquí… —le dio la vuelta-y nada por el otro lado. Ahora pronuncio unas palabras mágicas y el distinguido público verá… ¡Pedrito, por el amor de Dios, que no es un asunto de broma! ¿Dónde están las fotografías? —chilló Jake, casi perdida la paciencia.

Douglas tenía la boca abierta de par en par. Cogió las cartulinas y las examinó detenidamente por ambos lados.

—¡Pero si estaban aquí! —gritó—. ¡Estabais… tú y los dos tipos que te hipnotizaron! ¡Te lo juro, Jake; volví a mirarlas segundos antes de emprender el regreso!

Jake meditó unos momentos.

—Peter —llamó a su amigo por su nombre completo—, ¿tú me viste con esos dos sujetos?

—Sí, absolutamente.

—Y entonces disparaste el objetivo de la cámara varias veces.

—Y desde distintos ángulos.

—Impresionaste las fotografías, pero las imágenes se han borrado.

—¿Por qué?

—Porque no has usado la cámara en el mismo tiempo que las personas retratadas.

Douglas se quedó silencioso. Elyn escuchaba con suma atención, sin comprender muy bien de qué trataban los dos hombres.

—Otra paradoja temporal, Pedrito —dijo Jake.

Douglas asintió lentamente. Lanzó las cartulinas a un rincón.

—¡Tiempo perdido! —suspiró—. Y mi cronomóvil es un trasto.

—¿Por qué dices una cosa semejante? Puede moverse en el tiempo…

—Sí, pero imagínate a un historiador que quiera tomar fotografías de una escena acaecida muchos años antes. No podrá hacerlo, ¿comprendes?

—Sí, es verdad —admitió Jake.

—¿Pueden explicarme qué ocurre? —preguntó Elyn, terciando en la conversación—. Quizá yo pueda ayudarles…

—Lo dudo mucho, Elyn —contestó Jake—. Dudo mucho que pueda ayudar al hombre que asesinó a Tkimos-30.

—¡Oh! —exclamó ella, aterrada.

* * *

Jake se inclinó, recogió las cartulinas y las arrojó al vertedero automático. Unas cuchillas las despedazaron y una corriente de viento arrastró los fragmentos.

Luego se sirvió una copa de vino y la paladeó lentamente, a la vez que fumaba un cigarrillo. Al terminar, se tendió en el diván y, sin saber cómo, se quedó dormido.

Douglas y Elyn se habían ido hacía mucho rato. Douglas había invitado a la muchacha a cenar y luego a conocer la ciudad de noche.

Elyn hubiera preferido que fuese Jake su acompañante, pero le vio la cara y juzgó que no tendría ganas de diversiones. Por eso había aceptado la invitación de Douglas.

Era muy entrada la noche, cuando sonó el visófono. Jake se puso en pie torpemente y conectó el aparato.

—Habla Jake Díaz —murmuró.

—Hola, detective de pacotilla —saludó Douglas. Junto a él, se

veía el rostro alegre y animado de Elyn—. Tengo la solución para tu problema.

—Trasladarme a la fecha en que esos tipos me hipnotizaron y verlos yo mismo, ¿no es cierto?

—Podría hacerse, pero ya sabes que tengo miedo a «duplicarte». La cosa es mejor y mucho más sencilla.

—Habla, Peter.

—Las cartulinas de las fotografías. Ahora mismo iré a tu casa, me las darás, retrocederé en el tiempo… y se producirá la paradoja al revés. Aparecerán las imágenes de nuevo…

—Podría ser, si no las hubiese lanzado por el vertedero.

Hubo un momento de silencio. Luego, Douglas le apostrofó con un:

—¡Estúpido!

Cansadamente, Jake desconectó el visófono y se fue a su cama, donde continuó el sueño interrumpido.

* * *

El operario revisó la máquina de la verdad, emitió su diagnóstico después de cuarenta y ocho horas de casi ininterrumpido trabajo.

—Usted formuló una pregunta sobre un tema vedado, señor Díaz —dijo.

Jake respingó.

—Yo creía que esta máquina admitía todos los temas —masculló —. Al menos, el precio que pagué era para que se pudieran formular toda clase de preguntas.

El experto le enseñó una minúscula bolita, de medio milímetro de diámetro, atravesada por un alambre mucho más fino todavía, de un centímetro de longitud a cada lado.

—Este circuito ha sido influenciado de modo que la máquina se averíe cada vez que se le formule una pregunta determinada.

—Me deja usted atónito. ¿Cómo lo sabe?

El experto le enseñó un diminuto microscopio que había traído consigo.

—Sería largo de explicar —contestó—, pero el examen personal al microscopio es irrefutable. El circuito está completamente

alterado para esa pregunta…

—Bueno, póngale otro y…

—Lo siento, señor Díaz. Yo le dejaré la máquina en perfecto estado de funcionamiento, pero reponiendo solamente lo estropeado digamos mecánicamente. Este circuito tiene una alteración psíquica y, si quiere reponerlo, tendrá que ser por conducto oficial.

—La maldita burocracia —rezongó Jake.

—Repito que lo siento, señor.

—Está bien; a fin de cuentas, sólo a un cliente tenía que formularle dicha pregunta. Gracias por todo, amigo.

Y para compensar de algún modo los desvelos del experto, le dio como propina un billete de mil solares exteriores.

* * *

Elyn le llamó dos días después, cuando menos lo esperaba.

—Jake, ya lo tengo.

—¿El qué? —preguntó él, completamente despistado.

—¡El mensaje de rescate! ¿Qué otra cosa podía ser?

Jake dio un respingo.

—Póngalo delante del objetivo, por favor.

—Ahora mismo. Lo recibí esta mañana por correo…

Elyn colocó delante del objetivo una cuartilla de papel, en la que se leía:

> LA VIDA DE SU TIA DIKREIA-11 VALE 150.000 S.E. NOS CONOFORMAREMOS CON SU EQUIVALENTE EN MONEDA TERRESTRE Y, PARA QUE VEA QUE CONFIAMOS EN USTED, ADMITIREMOS UN CHEQUE CONTRA EL BANCO INTERGALACTICO NÚMERO TRES. ESTÉ MAÑANA, A LAS NUEVE Y MEDIA EN PUNTO, EN LA ESCALINATA DE ACCESO, CON UNA REVISTA EN LA MANO, EN CUYO INTERIOR IRÁ PEGADO UN SOBRE CON EL CHEQUE…

Seguían las instrucciones. El secuestrador se acercaría y le preguntaría si la había visto alguna vez. Elyn debía contestar que no

estaba muy segura y entonces la revista cambiaría de manos.

—Pero no devolverán la libertad a mi tía hasta que no hayan cobrado el cheque —dijo ella.

Jake asintió.

—Así lo dice el mensaje. Sin embargo, hay algo raro en todo esto, Elyn.

—¿Qué es lo que ve usted de raro, Jake?

—Precisamente no acabo de verlo. De todas formas, ¿tiene usted el dinero?

—Sí, claro; mi tía abrió una cuenta conjunta para ambas y puedo disponer…

—Extienda el cheque y actúe como le ordenan. Deje el resto de mi cuenta.

—Lo haré —prometió Elyn.

A continuación Jake llamó a su amigo.

—Pedrito.

—A la orden —contestó socarrónicamente el científico.

—Necesito de ti y de tu cronomóvil. ¿Puede invisibilizarse sin alejarse demasiado de la época en que va a producirse un suceso?

—Por supuesto… ¿A qué distancia quieres ponerte?

Jake reflexionó unos momentos.

—¿Cinco segundos?

—Diez, Jake. Menos, imposible.

—Está bien, me conformaré con diez segundos.

—¿Adónde quieres ir?

—Te lo diré mañana. Estaré ahí a las ocho en punto. Ten preparado el cacharro, Pedrito.

—De acuerdo.

Jake cortó la comunicación.

Sentíase satisfecho. No le importaba el retraso de diez segundos.

Para nivelarse temporalmente con Elyn y el representante de los secuestradores, le bastaría estar allí unos minutos antes. Pero sería una nivelación paradójica y no total, ya que siempre estaría presenciando la escena, cualquier escena, diez segundos después de haberse producido.

Su intención era seguir luego la pista del secuestrador por medio de él, daría con el paradero de Dikreia-11.

Entonces tendría ocasión de confirmar sus sospechas, porque

tenía la casi seguridad de que, violentando tal vez una regla no conocida por él, Dikreia-11 había transmitido su séptima parte de clave a su sobrina.

Y cuando los secuestradores querían entrevistarse con Elyn, tenían un motivo poderoso para hacerlo: sabían ya que Elyn conocía el secreto y estaban dispuestos a arrebatárselo a cualquier precio.

Una vez que conocieran las siete claves, abrirían la caja de caudales en Lroimos y…

¿Qué había en aquella caja?

Douglas le llamó de nuevo.

—Jake, ¿has visto alguna vez a un idiota? ¡Lo tienes delante de ti! —exclamó el científico sin más rodeos.

—No estás delante de un espejo —bromeó Jake—. ¿Qué te ocurre ahora?

Douglas meneó la cabeza.

—Somos parte de una civilización demasiado entregada al maquinismo —dijo sentenciosamente—. Muy a menudo, olvidamos que somos hombres y que, a fin de cuentas, desde que se usó la primera palanca, no hay máquina que no haya sido construida por el hombre.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Qué significa todo eso?

—Simplemente, que yo me llevé una cámara fotográfica para tomar imágenes de los dos tipos que te hipnotizaron.

—Sí.

—Bueno, visto el fracaso de la cámara, pensé que no podía hacerse otra cosa, salvo enviarte a ti. Pero ya sabes que no quiero correr riesgos…

—Mañana los correrás, recuérdalo.

—Es cierto. Sin embargo… Bueno, en tu lugar podía haberme llevado a otro tipo.

—¿A quién te refieres?

—Se llama Albert Öpp y es un maravilloso dibujante.

—¡Pedrito! ¡Qué idea tan sensacional has tenido! —exclamó Jake alborozadamente—. Pero, ¿y si sus dibujos se borran?

—No lo creo. Las fotografías se borraron porque intervenían en su revelado, positivado y fijado determinados agentes químicos, algunos de ellos, como la gelatina, de origen animal. No creo que

unos trazos de lápiz se borren en un papel, pero, aun así, hay dos soluciones de recambio.

—¿Cuáles son?

—Una de ellas, un lápiz duro, que deje huella en el papel. La segunda es el propio de cerebro de Öpp. ¡Es de una retentiva portentosa y reproduciría las imágenes de esos tipos aunque fuese dentro de cien años!

VI

A media tarde de aquel mismo día, Jake se reunió en el laboratorio con su amigo y el dibujante.

Albert Öpp era un sujeto de unos cuarenta años, bajo, rechoncho y de un aspecto un tanto amargado.

—Nadie necesita ya de los servicios de un buen dibujante —dijo, una vez hechas las presentaciones—. El arte se pierde, amigo Díaz, se pierde. Estamos en vísperas de una negra noche de los tiempos…

—Es un agorero —rio Douglas—. La realidad es que gana todo el dinero que quiere.

—Haciendo infectos carteles de propaganda —rezongó el artista.

—Y tiene varias primeras Medallas en otras tantas Bienales de no sé qué ciudades.

—Chatarra, Pete.

—¡Hombre! ¡No pretenderás figurar tan pronto en el Prado o en el Louvre o en el Ermitage! —protestó Douglas—. Hay que dar tiempo al tiempo…

—Y charlando lo estamos perdiendo —refunfuñó Jake—. ¿Cuándo zarpamos?

Douglas extendió la mano.

—Todos a bordo —declamó.

Momentos después, el cronomóvil partía con los tres hombres en su interior.

Douglas manejó los mandos, guiándose por la cinta en que estaba grabado el anterior viaje al despacho del joven. Un cuarto de hora más tarde, Jake se vio a sí mismo hablando con dos sujetos cuyo aspecto le pareció conocido.

—Varía un poco la posición, Pedrito —rogó.

El cronomóvil osciló, hasta situarse a espaldas de la mesa de despacho de Jake. Entonces, Jake dijo:

—¡Qué granujas!

—¿Los conoces?

—¡Qué granujas! —repitió—. ¡Pues claro que los conozco! ¡Y encima, los muy bribones, me pagaron un millón de solares exteriores!

Eran los dos hombres de Lroimos, que se le habían presentado

bajo los seudónimos de Uno y Dos.

—Ahora te están dando la orden de asesinar a Tkimos-30 —dijo Douglas.

Öpp se sobresaltó terriblemente.

—¿Qué? ¿Este hombre… es un asesino? —chilló.

—Bueno, físicamente, sí; pero mentalmente…

Öpp tiró la carpeta, el papel y los lápices por los aires.

—Pete, ¿por qué diablos no me lo dijiste antes? —rugió descompuestamente—. ¿Crees que tengo ganas de que me rebanen el pescuezo? Dicen que estoy loco, pero vamos… para todo hay un límite.

—Escucha, Albert…

—¡Que te escuche tu respetable tía! —aulló Öpp, el cual, sin dudarlo un solo instante más, abrió la portezuela del cronomóvil y se lanzó fuera.

—¡Quieto, estúpido! —chilló Douglas.

El dibujante irrumpió en el despacho de Jake, dejando atónitos a los tres hombres. Luego, antes de que ninguno de los tres, pudiera retenerlo, se lanzó en busca de la salida.

—Ese chiflado —masculló Douglas, estirando el brazo para cerrar la portezuela.

Pero entonces se dio cuenta de una cosa.

Él y Jake eran ahora perfectamente visibles desde el exterior.

Uno y Dos desaparecieron a la carrera, asustados por aquel inesperado incidente. El otro Jake se puso en pie y miró hacia el cronomóvil.

—¿Qué hago yo ahí? —preguntó.

Douglas tiró de la portezuela. El cronomóvil estaba suspendido a cosa de un metro del suelo.

Pero entonces, el otro Jake agarró la portezuela.

—¡Eh, un momento! —dijo—. Vamos a ver qué clase de broma es ésta. No me gusta que los tipos vayan por ahí disfrazándose de mí.

Estiró la otra mano, tiró del brazo de Douglas y luego lo lanzó al interior del despacho.

Douglas cayó, jurando como un poseído. El otro Jake metió medio cuerpo dentro del cronomóvil y agarró a su doble.

—Afuera, granuja —dijo—. Vamos a ver qué pasa aquí…

Jake estiró el pie, para golpear el pecho de su doble más antiguo en edad —sólo unos pocos días—. Pero el otro se le agarró a la pierna con ambas manos y tiró de él.

Los dos cayeron al interior del despacho. Jake se golpeó la cabeza contra una esquina de la mesa de despacho y perdió el conocimiento.

Al caer, su pierna izquierda se movió inconscientemente, como un látigo. Su pie derecho se elevó y golpeó la mandíbula del otro Jake, que se derrumbó como una masa inerte.

Douglas sacudió la cabeza, tratando de sacudir el aturdimiento en que había caído durante unos instantes. De pronto, vio a los dos hombres caídos en el suelo y se sentó, lleno de perplejidad.

—Y ahora, ¿cuál de ellos es? —preguntóse a sí mismo.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie. Inclinándose, cargó con uno de los dos y lo lanzó al interior del cronomóvil.

Segundos después, había desaparecido.

Pasaron algunos minutos. Los dos hombres de Lroimos asomaron la cabeza.

—Sigue allí —dijo Uno.

—Los otros se han ido —murmuró Dos.

—Bueno, pero nos lo han dejado vivo.

—¿Temiste que le dieran muerte?

—A decir verdad, sí.

—¿Interferirá esto nuestra operación?

—Procuraremos evitarlo, repitiendo la sesión de hipnotismo.

—¿Y si ellos intervienen para impedir la muerte de Tkimos-30?

—Correremos el riesgo. No nos queda otro remedio. Tiene que hacerlo él, un terrestre. Nosotros hemos de quedar al margen.

—Conforme. Empecemos de nuevo.

* * *

Ceñudamente, con los brazos cruzados, Jake contempló en silencio los esfuerzos que hacía Douglas.

Al fin, el científico lanzó un profundo suspiro y lanzó el destornillador al fondo del cronomóvil.

—¡Ya está! —exclamó.

Jake contempló su reloj.

—Doce horas y diez minutos —dijo.

—¿Tengo yo la culpa? —estalló Douglas malhumoradamente—. Aquel idiota de Öpp inició el estropicio… y cuando tu otro Jake tiró de ti, estropeaste con el pie uno de los controles temporales. Esto no es un interruptor de la luz, Jake.

—Demasiado lo veo —contestó el joven ceñudamente.

Y ya no dijo nada hasta que se vio de nuevo en su casa. Entonces, fue al aparador de los licores y se sirvió una copa, cuyo contenido ingirió de un trago.

—Ven y bebe, Pedrito —dijo.

Douglas se acercó. Jake le entregó una copa.

—Toda, de un golpe —recomendó—. Lo vas a necesitar.

—No me gusta beber en ayunas y son las siete de la mañana —se quejó el científico.

—Cuando a uno le dan una mala noticia, es preciso reconfortarse con un buen trago de licor. Pedrito, como cronólogo o como se llame tu profesión, serás un as, pero como detective eres una porquería bípeda.

—Sin insultar, ¿eh? —dijo Douglas, amoscándose.

—Mírame bien, de pies a cabeza. ¿Qué ves en mí?

—Nada extraño. No te han salido tentáculos, ni tu cabeza se ha triplicado…

—Pero me ha salido un traje azul claro y el que llevaba puesto, cuando fuimos a nueve días antes, era gris fuerte.

Douglas abrió la boca de par en par.

—Entonces… tú eres el otro Jake —balbuceó, lívido de espanto.

—Soy el mismo Jake, pero nueve días después. El que salió de aquí ayer por la tarde, se quedó allí. Yo he vuelto, eso es todo.

—Entonces, el otro sabrá que tiene que matar a Tkimos-30 y no lo hará.

Jake se sirvió otra copa.

—Amigo, eres un poco cerrado de mollera. Los cuerpos se han cambiado y las mentes también.

—Aaaahhhh…

Jake le cerró la boca.

—Todo sigue igual. Es una de tus famosas paradojas. La muerte de Tkimos-30 es inevitable… máxime teniendo en cuenta que se ha producido ya. Tenía que ocurrir ese desperfecto en el cronomóvil

para que no pudiéramos intervenir, ¿comprendes?

—Sí. Tu cuerpo quedó allí… el de Jake II, digamos…

—Pero con la mente de Jake I, que sigue sometido a la influencia hipnótica de los hombres de Lroimos. Y yo me he traído el cuerpo de Jake I y la mente de Jake II, que luego han confluido, al volver a nuestra época temporal, en un solo cuerpo y una sola mente.

—Ahora comprendo…

—Lo pasado ha ocurrido y no se puede desviar; de ahí el cambió de mentes. De lo contrario, modificaría la Historia a tu antojo.

—¡Dios me libre! —dijo Douglas con un estremecimiento.

—Y yo sigo siendo el mismo: el hombre que asesinó a Tkimos-30, pero con la inapreciable ventaja de conocer a los asesinos.

—¿Son los que te contrataron?

Jake apuró la copa.

—Los mismos. Sin embargo, ignoro sus motivos… bueno, todos no. Empiezo a sospechar lo que se proponen.

—¿Sí?

—Quieren apoderarse de la Clave de los Siete Cerebros.

Douglas reflexionó un momento.

—De todas formas, en su acción hay un motivo oculto. No resulta lógico que te encomienden buscar al asesino, sabiendo que eres tú…

—Pero sobre todo, me encomendaron buscar al séptimo clavero, es decir, a Dikreia-11.

—Y ellos la encontraron antes que tú. ¡Ilógico!

Jake se quedó parado unos momentos.

—Tienes razón —dijo al cabo—. Esto no tiene sentido.

—Alguno debe de tener, lo que pasa es que tú no sabes encontrarlo —contestó Douglas—. Con tu permiso, voy a utilizar el baño; necesito ducharme.

—Prepararé el desayuno. La emoción de haberme peleado conmigo mismo me ha abierto un apetito fenomenal.

* * *

El cronomóvil voló suavemente y se detuvo a un par de metros

por encima de la gran escalinata del Banco Intergaláctico.

Elyn llegó puntual. Vestía un traje amarillo, de color muy vivo, corto de falda y sin mangas, que hacía resaltar de un modo delicioso el tono tostado de su piel. El bolso y las botas hasta media pantorrilla eran del mismo color.

En la mano derecha llevaba una revista enrollada. Permaneció a mitad de la escalinata, contemplando el tránsito de personas y vehículos.

Dieron las nueve y media en el gran reloj del frontón, de estilo clásico, del banco. Entonces, un hombre se acercó a la muchacha.

Hablaron brevemente. El hombre tomó la revista y, en el mismo momento, Elyn se tambaleó.

—¡Eh! ¡Mira! —gritó Douglas.

Elyn cayó al suelo. Esta en uno de los descansillos y su brazo izquierdo quedó fuera del peldaño inmediato.

La gente se arremolinó en torno suyo. El secuestrador gritó algo que el ruido impidió llegase claramente al cronomóvil.

Un policía se abrió paso. De pronto, se oyó el ulular de una sirena.

Un gravimóvil de color blanco, con las insignias de la Cruz Roja en sus costados y en el techo, se detuvo al pie de la escalinata. Dos hombres vestidos de blanco saltaron fuera, agarraron una camilla y corrieron escaleras arriba.

El cuerpo inconsciente de Elyn fue depositado en la camilla. Los dos sanitarios cargaron con ella y descendieron apresuradamente. El policía les abría paso, empleando el silbato y los brazos con toda prodigalidad.

La camilla fue introducida en la ambulancia. Cerráronse las puertas, los sanitarios ocuparon su puesto y el vehículo arrancó con gran estridor de sirenas.

—Y así —dijo Jake—, se consuma un rapto delante de las narices de decenas de personas, más un policía.

—¿Tú crees? —exclamó Douglas, atónito.

—Sí, hombre, sí. Elyn Ta está más sana que una pera. ¿Acaso crees que se desmayó de horror al ver al mensajero? Éste la pinchó con algo en el momento de tomarle la revista y la narcotizó, eso es todo.

VII

Douglas se volvió de repente y amenazó a su amigo con el índice.

—¡Te digo y te repito que el rapto no lo puedes impedir! —gritó.

—Pero…

—Es un suceso que ha ocurrido ya, es irreversible, no puedes alterar en absoluto la línea de los hechos. El ocupante de un cronomóvil ha de limitarse a ser mero observador, ¿comprendes? ¿Es que ya no recuerdas el jaleo que se organizó cuando te peleabas con Jake I?

—Querrás decir con Jake II, Pedrito.

—Lo mismo da —refunfuñó el científico—. Elyn ha sido raptada. Lo único que puedes hacer es… es…

—*Desraptarla* —dijo Jake, sonriendo.

—Sí, eso es, *desrapt*… ¡Rescatarla, demonios!

—Pero si no sé dónde está y tú no me dejas ir a cinco minutos antes del encuentro con el secuestrador…

—No, no puedo permitírtelo. Otra cosa es que tú hubieras dicho que te ibas solo a la escalinata del Banco, a actuar con tus propios medios. Ahí hubieras obrado en tu propio campo temporal y los hechos habrían sido cosa de tus propias decisiones, ignorando, siquiera teóricamente, lo que iba a ocurrir un segundo después de cada movimiento tuyo.

—Si le hubiese pegado un puñetazo al tipo, habría caído redondo.

—Es lo que suele ocurrir normalmente, pero a veces pasa que el destinatario del golpe lo esquiva y no cae. Por eso digo que allí, en tales condiciones, hubieras ignorado lo que iba a pasar. Podías suponerlo, pero nada más.

—Comprendo. —Jake meneó la cabeza—. Tu cronomóvil es infernalmente lento.

—Interesan los desplazamientos temporales, no en el espacio.

Jake se pellizcó el labio inferior.

—De modo que no puedo evitar el rapto —murmuró.

—No. Lo habrías evitado prohibiendo a Elyn que acudiese al Banco, avisando a la policía… pero no ya, ahora que se ha

producido.

—Y no sabemos dónde se encuentra en estos momentos.

—La ambulancia desapareció a toda velocidad. Yo no podía seguirla con mi aparato.

—Bueno, pero una especie de trampita sí se podría hacer —dijo Jake de pronto.

Douglas miró a su amigo suspicazmente.

—Yo no puedo impedir el rapto. Está hecho y no se hable más. Pero puedo situarme en la habitación de Elyn, en el hotel, minutos antes de que salga para el banco, colocarle un emisor de radio en el bolso y…

El científico meneó la cabeza.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Estábamos en avería, recuérdalo.

—¿Quiere eso decir que ya no podemos retroceder en el tiempo?

—Sí, pero no me atrevo a efectuar la detención en el período de averías.

—Se produciría otra de tus paradojas, ¿eh?

Douglas sonrió.

—Volverías a verme empuñando el destornillador, los alicates y el soldador —contestó.

—¡Pues vaya un cacharro! —De pronto, Jake exclamó—: Escucha, ¿qué tal si retrocedemos a antes de la avería?

Douglas consideró la proposición.

—Espera un momento —dijo—. Voy a consultar la cinta grabada con los desplazamientos temporales.

Tardó casi diez minutos. Luego dijo:

—Elyn te llamó a las once y treinta para anunciarte la recepción del mensaje de los secuestradores, ¿no es así?

—Más o menos —admitió Jake.

—Entonces, tienes de tiempo desde las once y media de la mañana hasta las seis de la tarde, que es cuando iniciamos el viaje a tu despacho, para localizar a los que te ordenaron el asesinato de Tkimos-30.

—Seis horas y media —murmuró el joven—. Será suficiente. ¿Vamos, Pedrito?

Momentos después, entraban en el cronomóvil. Douglas ajustó

los controles y el aparato se desplazó en ambas dimensiones.

Llegar al *Hotel Imperial* les costó treinta minutos largos. Al cabo de un rato, localizaron la «suite» que ocupaba la muchacha.

—Tiene dinero, no hay duda —comentó Douglas.

—Tiene otra cosa que vale infinitamente más —dijo Jake.

—Es bonita, ¿eh?

—Y una excelente persona.

Cuando se detuvo el aparato, vieron que Elyn salía de sus habitaciones.

—¡Uf! —exclamó Jake—. Menos mal que no lleva puesto el vestido amarillo.

Elyn cerró la puerta. Entonces, Douglas ajustó los campos temporales y pudieron salir fuera del aparato.

Jake corrió inmediatamente hacia el vestuario. No tardó en encontrar el vestido amarillo.

—El bolso —masculló—. El bolso es lo que interesa.

Lo halló en un armario donde Elyn guardaba las prendas menores. Sacó de su bolsillo el emisor de radio y lo colocó en uno de los departamentos del bolso que calculó sería el menos usado.

El transmisor, por otra parte, era menor que una caja de cerillas. Continuamente estaría emitiendo una serie de «pip-pips» por cuya mayor o menor intensidad se guiarían para localizar el punto donde la joven se hallaba secuestrada.

—Un procedimiento tan viejo como la radio —dijo Jake, sumamente satisfecho, al entrar de nuevo en el cronomóvil.

* * *

Regresaron en el tiempo al momento del secuestro de la joven.

Jake creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas.

—¡Viste un conjunto rosa! —aulló.

Douglas estaba desconcertado.

El vestido no sólo era de corte sino de color diferente. Ahora, en lugar de botas, llevaba zapatitos de fino tacón y un bolso mucho más elegante, aunque todo en rosa.

Los secuestradores se llevaron a Elyn con toda facilidad, sin que la pareja pudiera evitarlo.

Jake miró a su amigo airadamente.

—¡Peter! ¿Qué diablos ha pasado aquí? —tronó.

Douglas se pasó un pañuelo por la cara. Sudaba copiosamente.

—¡No lo entiendo! —contestó con voz desfalleciente.

—Esta debe ser otra de tus famosas paradojas. —Jake se pegó una bofetada en la cara y Douglas se sobresaltó al oír el chasquido —. No temas; lo hago por no pegarte a ti. ¡Pero vimos a Elyn con un conjunto amarillo!

Douglas asintió.

—Algo ha pasado —murmuró—. Algo ha cambiado en su línea del tiempo…

—¿No habrá dos Elyn? —sugirió Jake.

—No. Lo que hay es, por lo menos, dos posibilidades de que es produzca el mismo suceso, pero con leves variantes de forma, que no afectan al fondo definitivo. Alguien, fíjate bien en esto, ha influido en ella y esto ha motivado que se cambie el vestido.

—Y Elyn… ¿sabrá que ha sido raptada dos veces?

—No. Nosotros hemos visto una de las dos posibilidades. Pero ella ha sido protagonista solamente de una sola. Es como si a ti te dijeran: «si bebes demasiada cerveza, te emborracharás», y tú bebieras por un lado y por otro no bebieras. Te emborracharías y no te emborracharías. ¿Comprendes?

—A medias, pero me doy una idea. Pedrito, ¿qué podemos hacer? Sin el detector, estamos perdidos.

—Lo mejor será que regresemos a tu apartamiento. Aquí, encima del Banco, no hacemos nada. Mientras el cronomóvil se desplazaba en el tiempo y en el espacio, Jake encendió un cigarrillo.

Estaban llegando a su casa cuando, de pronto, concibió una idea:

—¡Pedrito, tú dices que, en toda acción humana hay, por lo menos, dos posibilidades!

—Sí, normalmente así suele ser. Si cruzo la calle, estaré en la otra acera. Es sólo un ejemplo, para que comprendas.

—Muy bien —dijo Jake con los ojos brillantemente iluminados —. Entonces vuelve al momento en que terminaste de reparar la avería y regresa a casa a las seis y media de la mañana. ¡Quiero saber qué haré en mi otra posibilidad!

—De acuerdo, Jake.

* * *

Al fin, en medio de un sombrío silencio, Douglas terminó de reparar la avería y lanzó una exclamación de alegría.

—Menos mal —rezongó Jake—. Volvamos a casa.

Cuando regresaron, consultó su reloj.

—Van a dar las siete —dijo de mal talante—. Y la cita con el secuestrador es a las nueve y media.

—¿Seguro que es con el secuestrador? —preguntó Douglas.

—¡Pues claro que sí! ¿Es que te crees que el millón y medio de rescate está destinado a algún Fondo Benéfico? Voy a tomarme una copa; siento que lo estoy necesitando. ¿Quieres tú?

—Yo no bebo en ayunas —masculló el científico.

Jake encendió un cigarrillo y saboreó lentamente el contenido de la copa. Mientras tanto, su mente funcionaba con toda actividad.

De pronto, dijo:

—Pedrito, yo no me fío.

—¿De qué no te fías, Jake?

—No sé… Es un presentimiento indefinible… Tengo la sensación de que Elyn va a ser secuestrada también.

—¡Tonterías! —bufó Douglas—. ¿A las nueve y media, en medio de la escalinata… y con gente en todas partes?

—Si tuvieses dinero, te jugaría un millón a que soy capaz de organizar un rapto y llevarme a cualquiera delante de las mismísimas barbas de todos los policías de Ciudad Capital.

—Sólo juego con alubias —dijo Douglas virtuosamente—. Pero, me imagino, tú entiendes de esas cosas más que yo.

Jake apuró su copa.

—Elyn acudirá a la cita. Por si la raptan o no, voy a tomar todas las precauciones posibles, Pedrito.

—¿Por ejemplo?

—Colocarle encima un emisor de señales, que nos permita seguirla dondequiera que vaya. Así sabremos su paradero, si la raptan… y le daré otro para que, en caso contrario, se lo coloque al mensajero de los secuestradores y podamos conocer su escondite.

—¡Buena idea! —aprobó Douglas.

Jake aplastó el cigarrillo contra un cenicero. Dio un paso hacia adelante, pero, de pronto, se detuvo, mirándose de pies a cabeza, y sonrió:

—Voy a cambiarme de ropa —dijo—. Este color azul claro es

última moda, pero tiene un defecto: recoge las manchas con suma facilidad.

—Sí, estás un poco asquerosito —admitió el científico llanamente—. Mientras tanto, con tu permiso, voy a la cocina a hacerme un poco de café.

—Hay pastel en la nevera —gritó Jake, ya en el interior de su dormitorio. Y empezó a quitarse el traje a puñados, maldiciendo la hora en que se había visto obligado a pelearse consigo mismo.

—Cualquiera que nos hubiera visto, habría dicho que cada uno de nosotros nos estábamos peleando ante el espejo —masculló.

VIII

Estaba terminando de arreglarse, cuando oyó el timbre de la puerta.

Elyn se preguntó quién podría visitarla a una hora tan temprana. Se colocó la blusita amarilla y empezó a abotonársela a medida que cruzaba el salón.

Abrió la puerta y sonrió:

—¡Hola, Jake! De verdad que no lo esperaba.

—Se me ocurrió que tenía que decirle algo antes de que vaya al Banco —contestó él—. ¿Ha preparado, ya el cheque?

—Sí, lo tengo todo dispuesto, tal como me indicaban los secuestradores en su mensaje.

—Permítame, por favor.

Elyn le entregó la revista, en cuyo interior, sujeto por una tira de papel engomado, se veía el sobre. Jake sacó del bolsillo un objeto parecido a una ficha de dominó, pero de la cuarta parte de grosor y algo más pequeño, y la colocó bajo el sobre, pegándola a continuación con otra tira de papel engomado.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella.

—Es un emisor de señales de radio. Así podremos seguir al mensajero de los secuestradores… caso de que no la secuestren a usted también.

Elyn se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Piensa que pueden secuestrarme?

—No me extrañaría en absoluto, Elyn.

—¡Pero… eso es absurdo! En pleno día, delante de cientos de personas…

—Se sorprendería usted de lo sencillo que resulta realizar un rapto en las que se supone son las condiciones más adversas —dijo él tranquilamente. Sacó otro emisor del bolsillo y se lo entregó—: Coloque eso en su bolso, lo más disimulado que pueda. Si la raptan, podré seguirla con un detector.

Los ambarinos ojos de Elyn le contemplaron ansiosamente.

—¿Cree que… me harán algo…? —preguntó.

—No —respondió él, a sabiendas de que mentía—. Sólo les interesa usted.

—Pero…

—Ya le explicaré en otro momento; ahora tiene que irse. —De repente, la miró de arriba a abajo y frunció el ceño—. ¿Con ese vestido?

Ella se enfadó.

—¿Qué tiene de malo ese vestido? —preguntó—. Está a la última moda…

—No lo dudo, pero cada ocasión del día tiene sus requisitos de indumentaria y usted va a un Banco, no lo olvide; no va a tomar el aperitivo en una terraza de moda o se dirige a la playa. Cámbiese de vestido, si quiere el consejo de un experto terrestre.

—¿Ha sido usted modisto? —le preguntó ella irónicamente.

Jake se dirigió hacia la puerta.

—Haga lo que quiera —respondió.

Elyn corrió hacia él.

—Por favor, Jake, no se enoje conmigo —dijo.

Jake la miró y contempló sus enormes ojos, que le contemplaban con expresión de súplica. Luego acarició la mano que se apoyaba en su brazo.

—Uno no se enoja jamás con una chica bonita —contestó.

Elyn sonrió hechiceramente.

—Gracias, Jake. ¿Sabe?, la mejor idea que tuve fue haber ido a buscarle… y todo ello, porque nos encontramos en el apartamiento de Tkimos-30.

—Por cierto —dijo él—, aún no me ha dicho qué iba a hacer allí.

—Sencillamente, preguntarle por mi tía. Ella y Tkimos-30 eran grandes amigos. Le parecerá extraño, pero Dikreia-11 era una gran aficionada a la Historia Pangaláctica.

—Comprendo. Bueno, dese prisa; no vaya a llegar tarde al Banco.

Elyn corrió hacia su tocador.

—¡Me cambiaré de vestido en un minuto, ya lo verá!

—¡Pues sí, voy a verlo! —dijo Jake, sumamente satisfecho.

El minuto se multiplicó por diez y a Jake no le pareció un tiempo excesivo. Si Elyn estaba bonita con el vestido amarillo, con aquel de color rosa fuerte, de corte más clásico, resultaba sumamente favorecida.

Elyn dio un par de vueltas por la estancia.

—¿Qué le parezco? —preguntó, mirándole con gran simpatía.

Jake se dirigió hacia la puerta.

—No se puede expresar con palabras —contestó, ya con la mano en el picaporte.

—Aguarde —rogó ella.

Jake esperó en el mismo sitio. Elyn se le acercó y le puso los brazos al cuello.

—No soy una chica frívola —murmuró—. Compréndalo cuando le pida que exprese lo que le parezco… de la mejor forma que le parezca a usted.

—Sólo hay una —contestó él, inclinándose para besarla.

* * *

Jake llegó a casa de Douglas en un estado cercano al éxtasis.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Prepara tu cronotrasto!

Douglas le miró socarronamente.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó.

—Estupendamente…

—Sí, se te nota en los labios. Anda, límpiatelos.

Jake sacó un pañuelo y se lo pasó por los labios.

—Bueno, Elyn es joven y bonita…

—Y tú eres joven y apuesto. Lo cual suman uno y uno: dos. Cuando quieras, Jake.

Los dos hombres entraron en él cronomóvil. Douglas cerró la portezuela y ajustó los controles.

Segundos después, ponía en funcionamiento el dispositivo de traslación espacial, a la vez que graduaba los mandos para llegar al lugar del encuentro de Elyn con el secuestrador a la hora señalada.

De pronto, Jake lanzó un grito.

El joven notó una especie de sacudida eléctrica en su interior y perdió el conocimiento. Su cabeza se apoyó en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Su desvanecimiento duró apenas unos segundos. Casi en seguida volvió a la normalidad.

—He sentido como si alguien entrara dentro de mí —murmuró pensativamente—. Otro ser…

—Otro Jake —dijo Douglas.

El joven miró a su amigo.

—Tienes razón —contestó.

—La paradoja ha terminado —afirmó el científico—. Tú y tu otro yo habéis seguido durante algún tiempo líneas temporales distintas, siendo uno mismo. ¿A que ahora recuerdas con toda claridad lo que os ocurrió a uno y a otro?

—Sí, es cierto —declaró Jake, admirado—. Por ejemplo, la pelea en mi despacho, después de que el tonto de Öpp metiese la pata, tu confusión…

—Yo me traje a un Jake, el número I, con la mente de Jake II, el cual vestía un traje gris fuerte. Después, cuando decidimos regresar al momento en que estaba terminando de reparar la avería, el que estaba conmigo en el cronomóvil era el Jake II, vestido de azul. De haber seguido hacia atrás en el tiempo, hubiera resultado que no me confundí al recogerte cuando estabas desvanecido.

Jake asintió pensativamente.

—Y por eso, nuestra conversación, la segunda vez, resultó enteramente distinta. ¡Claro! Y cuando hablé con Elyn para indicarle que colocara el emisor de señales, le dije que no me gustaba el vestido amarillo.

—Y ella se lo cambió por un vestido de color rosa y así la vimos la segunda vez, porque seguimos una línea temporal distinta.

Jake miró a su amigo con expresión aterrada.

—¡Pedrito! ¡Y si ahora seguimos una tercera línea?

Douglas meneó la cabeza.

—No Jake I y Jake II han confluido en una sola persona y ahora siguen la misma línea temporal, que es la auténtica, la que realmente corresponde al momento en que salimos del cronomóvil después de la avería.

—Entiendo. Como el que salió la primera vez no era yo, aun siendo yo, por eso seguimos otra línea.

—Justamente. Pero ahora se ha corregido la paradoja… lo cual no significa que si volvieses de nuevo al despacho, no acabases caminando por una tercera línea.

—¡Sería una locura! —se estremeció Jake.

—Ahora comprenderás porque no quería que vinieses en el cronomóvil. Y no te dejaré ir hacia atrás en el tiempo, en ninguna acción en la que hayas intervenido.

Jake se echó hacia atrás y rompió a reír.

—Ni yo lo querría —exclamó alegremente.

—¿Por qué? —se extrañó el científico.

—Imagínate que voy a ver a Elyn y le digo que se ponga un vestido verde. Luego, al despedirnos, en lugar de darme un beso, podría darme una bofetada.

Douglas meneó la cabeza.

—Eres único —murmuró.

Llegaron al banco. Esta vez, Elyn tenía puesto el vestido de color de rosa y el rapto se realizó en idénticas circunstancias a las que habían rodeado el rapto cuando llevaba puesto el vestido amarillo.

—Bien —dijo Douglas—, ¿y ahora?

—Nos volvemos a mi casa. Allí tengo el detector y… créeme, podríamos seguir a Elyn aunque estuviese en los antípodas.

* * *

Peter Douglas protestó airadamente cuando su amigo le dejó en tierra.

—Después de todo lo que he hecho por ti, ahora que viene lo más interesante…

—Pedrito, es posible que ahora haya leña —contestó Jake—. No quiero que te ocurra nada. Si te pasara algo, ¿quién manejaría luego el cronomóvil?

—Ah, pero, ¿es que piensas utilizarlo más veces?

—Si es necesario, sí, aunque yo no vaya en él. Pero necesitaré tus informes, ¿comprendes?

Douglas intentó quemar su último cartucho.

—Bueno, tú rescatas a la chica, pero yo puedo rescatar a la tía y… Soy un solterón, ¿sabes?

—Es más fea que Picio y más vieja que Matusalén —cortó Jake las ilusiones de su amigo.

Un minuto después, embarcaba en el gravimóvil. Se elevó hasta el canal de máxima cota y puso en funcionamiento el detector.

Los pitidos del emisor de señales llegaron a la cabina fuertes y claros. Jake orientó el aparato con el punto de máxima intensidad y voló en la dirección indicada.

No le extrañó en absoluto saber que Elyn estaba fuera de la

aglomeración urbana. Ciudad Capital era una megápolis que ocupaba millares de kilómetros cuadrados. Pasó largo rato antes de que, al fin, las señales auditivas se hicieran luminosas.

Primero fue un leve chispazo en una de las lámparas del cuadro de mandos, que tardó algunos segundos en reproducirse. Un minuto después, los chispazos se producían con la frecuencia de uno por cada dos segundos.

Finalmente, el pitido se hizo continuo y la lamparita dejó de oscilar. Entonces supo Jake que había llegado a la vertical del punto donde estaba Elyn.

IX

Miró hacia abajo. Estaba a varios miles de metros de altura y los objetos de la superficie: Casas, árboles, caminos, etc., aparecían apenas distinguibles.

El gravimóvil estaba detenido. Jake pensó que no podía arriesgarse a descender en pleno día.

Uno y Dos debían de tener secuaces que les ayudaban. Alguno de ellos estaba vigilando la casa. Miró el reloj y se desesperó; apenas habían dado las once de la mañana.

Hasta que llegase la noche, faltaban nueve horas largas. En nueve horas, se dijo, Elyn podía sufrir muchos daños… posiblemente, más mentales que físicos.

Descendió un millar de metros. Estaba a unos dos mil quinientos y no parecía probable que los secuestradores creyeran que él podía llegar durante las horas diurnas, dada la facilidad que entonces tendrían para divisarle.

Muy abajo distinguió una casita rodeada de árboles, con una chispita brillante en uno de sus lados, que debía de ser la piscina de natación. En general, el paisaje era frondoso en vegetación, tanto como rico en cemento en las grandes ciudades.

El principal cuidado del gobierno terrestre era hacer que no quedase un solo palmo de tierra desnudo: cemento o vegetación. No había eriales y, fuera de las ciudades, para compensar la desnudez arquitectónica, se compensaba en una abundante vegetación, adecuada a cada lugar.

Jake decidió descender a un par de kilómetros de distancia. Había más casas en las inmediaciones y ello no extrañaría a los secuestradores, caso de que le vieran, calculó.

Minutos más tarde, el gravimóvil se posaba en el suelo, al otro lado de un pequeño altozano cubierto de árboles y hierba. Jake saltó al suelo y, sin pérdida de tiempo, inició la aproximación a la casa.

Media hora después, tendido de pecho en el suelo, divisó la ambulancia en el patio de la casa. Un individuo se ocupaba en repintarla, borrando el blanco y las cruces rojas.

La casa era grande, de una sola planta, prácticamente tejado y

vidrio. Iba a resultar muy difícil acercarse, pensó.

El pintor era terrestre. Un pandillero alquilado, pensó.

—Y es que hay tipos para todo —dijo.

Reptó una veintena de metros y se situó tras un arbusto, a siete u ocho pasos del pintor.

De pronto, se puso en pie.

—Eh, amigo —llamó a media voz.

El hombre se volvió y miró a Jake extrañado.

—Acérquese, por favor —pidió el joven.

El pintor vaciló un instante, pero acabó por acceder. Cortó la corriente que ponía en funcionamiento la pistola de pintar, dejó ésta en el suelo y se acercó a Jake recelosamente, con la mano cerca del bolsillo posterior del mono.

—¿Qué quiere? —preguntó—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí? ¡Esto es una propiedad privada!

—Ya lo sé, pero estoy sin trabajo, tengo hambre y…

El puño de Jake se disparó súbitamente.

Soñó un chasquido. El pintor se derrumbó como una masa inerte.

Jake lo agarró por el cuello y lo arrastró al otro lado del arbusto. Segundos después, salía con el mono puesto y una pistola en el bolsillo posterior.

La pistola disparaba proyectiles paralizantes.

—Se ve que son unos *gangsters* de buen corazón —comentó.

Llegó junto a la ambulancia. Alguien salía de la casa en aquel instante.

—¡Eh, Tim!

Jake empuñó la pistola de pintar y fingió no haber oído nada.

—¡Tim! ¿Estás sordo? —gritó el individuo.

Se acercó al joven a grandes zancadas.

—¡Vamos, deja eso ahora! ¡Te necesitan dentro de la casa! —exclamó enérgicamente.

—¿Sí? —contestó Jake. Y de pronto, volviéndose, lanzó un chorro de pintura pulverizada al rostro del hampón.

El hombre lanzó un rugido de rabia. Jake tiró la pistola a un lado y mientras el otro intentaba limpiarse la cara, que se le había vuelto azul de repente, le disparó un fenomenal golpe al estómago.

La nuca del hampón quedó indefensa. Jake lo remató con un

toque del filo de su mano derecha. Luego, para mayor seguridad, le disparó un proyectil paralizante, como había hecho con el pintor.

Caminó hacia la casa, con la visera de la gorra caída sobre los ojos. ¿Le habrían visto?, se preguntó.

Atravesó el encristalado vestíbulo y vaciló unos segundos. Las habitaciones interiores, por supuesto, tenían mamparos opacos, pero todas las que daban al exterior tenían las paredes de vidrio.

Abrió un par de puertas, sin encontrar otra cosa que unos dormitorios vacíos. De súbito, oyó una voz a sus espaldas.

—¡Eh, usted, venga aquí!

Jake se puso rígido.

Tenía buena memoria auditiva. La voz que acababa de escuchar era la de uno de los hombres de Lroimos.

—Le estamos aguardando —gruñó Uno—. ¿Dónde está su compañero?

Jake se volvió. Ya tenía la pistola paralizante en la mano.

—Durmiendo en el jardín —contestó amablemente, en el momento de oprimir el gatillo—. Lo mismo que su compañero… y lo mismo que usted.

Uno abrió los ojos desmesuradamente, pero apenas si tuvo tiempo de emitir un quejido. La acción del narcótico era prácticamente instantánea.

Jake corrió hacia la puerta, saltando por encima del cuerpo desvanecido del hombre de Lroimos y cruzó el umbral.

Elyn estaba sentada en un sillón, al cual había sido sujeta por unas fuertes ligaduras. Dos se inclinaba hacia ella, tratando de convencerla para que hablase.

Elyn meneó la cabeza. De pronto, vio al joven y lanzó un agudo grito.

—¡Jake!

Dos se incorporó, volviéndose velozmente. Jake cerró la mano izquierda, se la llevó a la boca y simuló el sonido de una trompeta.

—¡Tararí! ¡Llega la Caballería! ¡A… la carga!

Y disparó su cuarto proyectil.

Dos cayó al suelo como un plomo. Jake guardó la pistola y se acercó a la muchacha.

—Me alegro de llegar a tiempo para desatarla del poste del tormento —dijo, sonriendo ampliamente.

Ella sonrió también.

—Tenía razón; querían secuestrarme.

—Ya dije yo que su forma de actuar no era la más adecuada para unos raptores. —Jake hablaba mientras quitaba los nudos—. ¿Dónde está su tía?

Elyn lanzó un profundo suspiro.

—¡Eso es lo que yo quisiera saber, Jake!

Se puso en pie y se frotó las muñecas. Jake estaba atónico.

—¿Cómo? ¿No… está aquí?

—Al menos, yo no la he visto y, por lo que he podido deducir, ellos tampoco.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Vamos a registrar la casa —propuso él finalmente.

El registro resultó inútil.

No había el menor rastro de Dikreia-11.

—Estoy segura —dijo Elyn—, que mi tía les dio esquinazo… Bueno —se sonrojó—, hablo ya como una terrestre, Jake. Ella se «olió» lo que iba a pasar y desapareció.

—Entonces, por eso la raptaron a usted, creyendo que habría de saber el paradero de su tía.

—Así opino yo. Bueno, no sé mucho más, porque hace poco que me he despertado, Jake.

El joven reflexionó unos instantes.

—Ese rapto tenía alguna motivación más honda —dijo.

—¿Cuál?

—Recuerde mi detector de mentiras. Se estropeó cuando iba a contestarme a una que le formulé.

—Sí, es cierto.

—Ellos, me refiero a Uno y a Dos, lo saben. Por eso la trajeron aquí. Aparte, claro, de querer que les dijera dónde está su tía.

—Pues lo siento mucho, pero no tengo la menor idea. ¿Qué haremos, Jake?

El joven reflexionó unos instantes.

—Tenemos que averiguar cuál es la respuesta a dicha pregunta —contestó al cabo—. Pero no podemos utilizar mi máquina, porque tiene influenciado uno de los circuitos. Uno y Dos estuvieron allí, previendo que podía venir a visitarme. Luego, cuando se convencieron de que Dikreia-11 no iba a aparecer, la raptaron.

—Entonces, ¿dónde iremos?

—Sé dónde encontrar un detector de mentiras que no puede ser influenciado… pero habremos de ir durante la noche.

—¿Por qué?

—Porque pertenece al gobierno y por el día está funcionando continuamente y muy vigilado, además.

—Entiendo. ¿Nos vamos ya?

—Desde luego.

Elyn dirigió una mirada al cuerpo de Dos, quien continuaba inmóvil.

—Esos le ordenaron a usted que matase a Tkimos-30 —murmuró, estremeciéndose.

—Y lo hice y ya no se puede modificar lo que ha ocurrido —contestó Jake—. Aunque sí castigar a quienes me forzaron a convertirme en asesino.

—¿Ahora?

Jake meneó la cabeza.

—Tenemos algo más urgente que hacer. Por ejemplo, buscar un sitio donde comer. ¡Estoy desfallecido de hambre!

—Pues a mí, el secuestro y, más que nada, el no encontrar a mi tía, me han quitado por completo las ganas de comer.

—Su tía tiene que estar bien —dijo Jake en tono de absoluta seguridad—. Ella no me preocupa en absoluto…, al menos por ahora. ¡Vamos!

Agarró a la muchacha por la mano y salieron de la casa a todo correr. Mientras se dirigían hacia el gravimóvil, Elyn dijo:

—Ha llegado usted a tiempo, Jake. Esos dos tipos tenían que ir ahora a por no sé qué máquina…

—Sí, una que les permitiese explorar su cerebro y sacarle todo lo que tiene dentro. ¿No es cierto que le estuvieron haciendo numerosas preguntas en tono amenazador?

—Sí, pero yo me resistí a contestar.

—En cierto modo, hay que darles las gracias por no haberla torturado. A propósito, ¿tiene usted ropas negras?

—Trajes de fiesta… ¿Por qué lo dice? —preguntó Elyn, extrañada.

—Un vestido de fiesta no sirve. Compraremos lo que yo deseo en una tienda de la ciudad. —La miró de arriba a abajo—. Y le aseguro

que quedará guapísima.

Ella se puso colorada, pero no dio ninguna respuesta a las palabras del joven, que le agradaron extraordinariamente, sin saber a ciencia cierta la causa.

* * *

Elyn vestía ahora un traje negro de una sola pieza, cerrado de cuello y mangas, que parecía una segunda piel adherida a sus formas seductoras. La malla tenía una capucha del mismo color, que sujetaba sus cabellos dejando únicamente al descubierto el óvalo de su rostro.

Jake vestía asimismo de negro: «pullover» de cuello alto y pantalones ajustados. Bajo el «pullover» llevaba un cinturón con una linterna y algunos otros adminículos que estimaba podían serle necesarios.

La puerta del edificio estaba vigilada por un guardián que paseaba melancólicamente arriba y abajo. Jake sacó la pistola, apuntó con cuidado y disparó.

El centinela cayó fulminado. Jake corrió hacia él, le agarró por debajo de los brazos y lo arrastró hasta un banco cercano, en el que lo dejó sentado, con la cabeza apoyada en el respaldo.

—Cuando despierte, creerá que se ha quedado dormido —murmuró.

La casa, como departamento oficial del gobierno, destinada a un fin específico, estaba aislada de la cercana avenida, de la que le separaba un amplio espacio cubierto de césped y arbustos. Jake registró al centinela y le quitó un pequeño manojo de llaves.

Momentos después, y tras algunas pruebas, abría la puerta. Cogió a Elyn por un brazo y la hizo cruzar el umbral.

Cerró a sus espaldas. Desenganchó del cinturón una linterna y exploró el ambiente.

—Por allí —dijo, señalando una escalera que conducía al piso superior.

—Parece que conoce bien el edificio —observó ella.

—Sí, estuve cuando solicité adquirir un detector. Primero me probaron con el del gobierno y, cuando estuvieron convencidos de la sinceridad de mis preguntas, me instruyeron en su manejo.

—Comprendo.

Momentos más tarde, estaban en la sala donde se hallaba el detector.

La máquina era enteramente análoga a la de Jake. A una indicación del joven, Elyn se tendió en el diván y dejó que Jake le sujetara muñecas y tobillos.

Alumbrado únicamente por la linterna, Jake puso la máquina en funcionamiento, una vez tuvo dispuesta a la muchacha. Le entregó su micrófono y él empuñó el suyo.

—Elyn, ¿recuerda lo que estábamos hablando cuando se estropeó mi máquina?

—Sí, perfectamente.

La línea amarilla corrió con trazo rectilíneo. Jake sonrió satisfecho.

—Le hice una pregunta —continuó—: Era ésta: ¿Recuerda si antes del viaje a la Tierra, pocos días antes, uno o dos, su tía y usted estuvieron hablando confidencialmente en su casa de Lroimos?

—Espere… Creo recordar…

Jake contemplaba ansiosamente a la muchacha. Por fin, se dijo, iba a confirmar su hipótesis.

Elyn prosiguió:

—¡Sí, estuvimos hablando de…!

¡CRAAASH!

Jake se volvió y contempló con ojos estupefactos la pantalla rota y humeante.

Elyn chilló.

—¡Jake!

El joven cortó la corriente.

—Esos tipos se nos han adelantado de nuevo contestó con acento sombrío.

X

Jake llenó una taza de café y se la entregó a la muchacha.

—Así que sin la máquina no puede recordar el tema de la conversación —dijo.

Elyn denegó con la cabeza.

—Me resulta absolutamente imposible. Incluso le diré que sé que hablé con mi tía, porque lo hemos averiguado «a posteriori», pero no porque lo recuerde.

—¿Es bruja su tía?

—¡Jake! —protestó ella con vehemencia.

Jake sonrió.

—No lo dije en sentido peyorativo, sino porque me figuro que está hipnotizada para que no recuerde el tema de la conversación… y la séptima parte de la clave que usted lleva en su mente.

Elyn le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Está seguro?

—Apostaría diez a uno a que es así, Elyn.

La muchacha se quedó pensativa.

—Eso explicaría muchas cosas, Jake. Pero no la muerte de Tkimos-30.

—Tkimos-30 murió porque ya le habían sacado su séptima parte de la clave, que era la número seis.

—Y la mía es la número siete.

—Justamente.

—Lo cual quiere decir que, cuando la hayan obtenido, tendrán acceso a la caja de caudales. ¿Qué contiene, Jake?

—Me siento en la más completa ignorancia acerca del tema —contestó él.

Apuró el contenido de su taza y dio dos pasos por la habitación de su casa, donde se habían dirigido después del fracaso con el detector de mentiras.

—Pero lo que más me preocupa es la forma que tuvieron de estropear también la máquina —añadió.

—Previeron que iríamos allí y se anticiparon a nosotros —contestó ella.

—De día no pudieron hacerlo, Elyn —objetó Jake.

—Entonces, lo hicieron de noche.

—¿Y el centinela? ¿Lo paralizaron también? ¡Todavía estará durmiendo, Elyn!

La chica guardó silencio.

—En tal caso, no hay más que una explicación, Jake —dijo luego.

—¿Cuál?

—Han usado un cronomóvil y llegaron antes que nosotros.

Jake la miró de hito en hito.

—¿Disponen ellos de un cronomóvil? —exclamó.

—Pues… no podría asegurarlo, pero tampoco lo negaría. Yo creo haber visto a mi llegada a la casa de campo —ya empezaba a recobrarme—, un aparato parecido a un gran medio huevo transparente, con una plataforma interior y dos sillones… pero puede que sea sólo una sugestión debida a la droga hipnótica…

Jake chasqueó los dedos.

—No ha podido ser otra cosa —dijo excitadamente—. ¡Un cronomóvil! Igual podrían haber llegado antes que nosotros; tuvieron tiempo de sobra, pero especularon con el hecho de que no podrían interferir la máquina durante las horas de trabajo. Sencillamente, se esperaron a que se fuera el último técnico y…

—Nos ganaron por algunos minutos —dijo Elyn tristemente.

—Sí, pero eso tiene un arreglo.

Jake se fue hacia el visófono y marcó un número.

La cara soñolienta de Pete Douglas apareció momentos más tarde en la pantalla.

—Estoy durmiendo. Buenas noches…

—¡Despierta! ¡Un asesino corre a tu casa, con un puñal en la mano!

—¡Eh! —respingó Douglas—. ¡Que yo soy un hombre pacífico!

Sonó una alegre carcajada. Jake miró a Elyn y le guiñó un ojo.

—Esa broma tiene muy poca gracia —refunfuñó Douglas al darse cuenta del engaño.

—Era para que te despertases —contestó Jake—. Os necesitamos.

—¿A mí?

—A ti y a tu cronotrasto.

Douglas apretó los labios.

—Adiós, me voy a dormir.

Y cortó la comunicación.

Jake no se inmutó.

—No debí habérselo dicho por visófono. Vamos, Elyn.

La muchacha se levantó en pie. Al pasar delante de un espejo, se atusó el cabello.

—¿Tiene un peine a mano? Estoy hecha una facha…—se quejó.

Jake tiró de su brazo.

—Usted está guapa siempre —rezongó—. Andando.

Momentos después, aterrizaban en el patio de la casa. Las luces estaban apagadas.

—Se ha vuelto a dormir —dijo Elyn.

—Le despertaremos.

Jake dio la vuelta a una esquina y encontró la ventana del dormitorio de su amigo. Levantó el bastidor y gritó truculentamente:

—¡Pete Douglas! ¡Vengo a matarte!

—¡Atrévete y te lleno el cuerpo de perdigones!

Jake se dejó caer al suelo en el acto.

—Demonios, con el cazador. ¡Eh, Pedrito, que soy yo!

—Ya lo sé —contestó el científico—. Y porque eres tú, no he apretado los dos gatillos de la escopeta, pero si no te vas de inmediato…

De pronto, sonó un agudo grito:

—¡El cobertizo! ¡Está ardiendo!

Jake levantó la vista y vio unas llamas. Douglas corrió hacia la ventana.

—¡Fuego! ¡Fuego!

—¡Maldición! —juró Douglas, tirándose a través del hueco. Descalzo como estaba, atravesó el patio y se encontró con un manojo de periódicos cuyas llamas se apagaban ya por sí solas.

—¿A quién se le ha ocurrido esta broma estúpida? —rugió.

—A mí, señor Douglas —contestó Elyn, a sus espaldas—. Lo siento, pero necesitamos su cronomóvil.

Jake llegaba en aquel momento. Douglas le miró furiosamente.

—Siempre has de salirte con la tuya —masculló.

—Bueno, ¿pero para qué quieres el cronomóvil? ¿Para adorno o para que tus gallinas pongan encima sus huevos?

Douglas dejó caer las manos a los costados.

—Está bien, pero yo no…

—Sí, sí, lo de la palangana —cortó Jake sarcásticamente—. Anda a vestirte. Te esperamos aquí.

Douglas se alejó hacia la casa, regresando unos minutos después. Abrió el cobertizo y dio la luz.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

—A un edificio del gobierno, a impedir que se cometa un estropicio.

—¿Está hecho ya?

—Sí.

—Sabes que no se pueden variar los hechos, Jake —dijo Douglas severamente.

Jake calló un momento.

—Tienes razón —suspiró—. Pensaba ir, quitar el circuito que van a estropear, poner uno falso y luego cambiarlo por el bueno.

—Pues si el circuito ese está estropeado —empiezo a figurarme lo que ha sucedido—, ya no puedes evitarlo.

—¿No me das ninguna solución? —pidió Jake plañideramente.

—Como máximo, te concederé que veas cómo lo hicieron. Pero no puedes lanzar a esa chica a una paradoja temporal, como la que te ocurrió a ti. ¿La has interrogado ya en la máquina del gobierno?

—Sí.

—Y se ha estropeado igual que pasó con tu máquina.

—Sí.

—Bien, si ahora hicieras el trueque de circuitos, regresar después al tiempo del interrogatorio en la máquina, te expondrías a que hubiese otra Elyn Ta.

—¿Y qué? Me daría la respuesta que espero… Cambiando el circuito antes de que lo estropeen…

Douglas sacudió la cabeza.

—No lo comprenderías. En tu caso fue distinto. Tú marchaste y regresaste a través de la línea del tiempo y ello provocó la paradoja, pero luego Jake I y Jake II volvieron a confluir en uno solo. Con Elyn no ocurriría así.

—¿Por qué? —quiso saber Jake.

—Porque lo tuyo fue una acción meramente física, pero la mente de Elyn podría quedar influenciada por estos desplazamientos del

campo temporal interno de la máquina al externo, no en los momentos de tránsito, sino al utilizar la detectora de mentiras. ¿Tienes ganas de que se convierta en una idiota?

—¡Diablos, no!

—Entonces, vamos si quieres ver cómo lo hicieron. Podremos escucharles y averiguar sus propósitos. Así estaremos en condiciones de parar sus golpes.

—Pero eso será influir también en sus decisiones.

—Influirás en las que tomen después de vuelto al tiempo normal, es decir, en lo que hagan a partir de ahora, por ejemplo, o luego mañana, pero no podrás hacer nada desde que estropean el circuito hasta este momento, porque lo que han hecho en ese plazo, ha pasado ya y no se puede desvirtuar.

—Comprendo. —Jake suspiró—. Bien, del mal el menos. Elyn, no ¿se le ocurre ninguna idea para solucionar este problema?

—Hipnotismo —contestó la chica.

Jake reflexionó unos momentos.

—Podría intentarse, pero todo depende de la influencia que su tía continúe conservando sobre su subconsciente.

—Hay drogas —apuntó Douglas.

—Bueno, veremos. No sabemos qué clase de hipnotismo empleó Dikreia-11 con Elyn; hay que tener en cuenta que allí las cosas se hacen de otro modo y pudiéramos dañar su cerebro.

—Eso es cierto —concordó el científico—. ¿Vamos?

* * *

Uno y Dos estaban trabajando en el detector de mentiras.

—¿Te falta mucho? —preguntó Dos.

—Un par de cortes y un golpe de soldador —respondió Uno.

—Estoy nervioso. Ellos disponen también de cronomóvil.

—No creo que vengan. Estarán esperando a más tarde. Nosotros hemos entrado apenas se terminó la jornada.

—Por si acaso, será mejor que te des prisa.

—De acuerdo.

Uno continuó su labor. Jake, Elyn y Douglas les contemplaban a pocos pasos de distancia.

—Ya está —dijo Uno al cabo.

Cerró la tapa y recogió todo cuanto podía delatar su huella en aquel lugar. Luego asió la caja de las herramientas, apenas mayor que una de cigarros y se dispuso a salir.

—Escucha —dijo Dos de pronto.

—¿Qué quieres? Date prisa; el tiempo se nos pasa…

—Se me ha ocurrido una idea. Tenemos seis de las séptimas claves, ¿no es cierto?

—Sí, pero tanto daría que no tuviésemos nada…

—Poco a poco, camarada. Los que no tienen nada son los otros. Nosotros, recuérdalo, tenemos seis partes. Nos falta una.

—Sin la cual-dijo Uno pacientemente—, no podemos hacer nada.

—Porque no sabemos descifrar el conjunto de las seis claves.

—Noticia fresca. Es como una cerradura con siete llaves; mientras te falte una…

—No hablas bien —dijo Dos—. Es como si alguien hubiera fragmentado una llave en siete pedazos y no notros hubiéramos podido conseguir seis. ¿Es que un hábil cerrajero no sabría reconstruir esa llave, mejor dicho, otra igual, entregándole los seis fragmentos que tienes en tu poder?

Uno reflexionó profundamente.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó al cabo.

—Muy sencillo. Las claves son otros tantos fragmentos de llave. Ahora bien, cualquier sencillo artesano sabría reproducirte una llave entera con sólo seis séptimas partes. Figúrate que tomas una hoja de papel, la cortas en siete partes, iguales o distintas, como quieras, lo mismo da, y destruyes una de ellas. ¿No te atreverías tú a reconstruir ese rectángulo de papel o uno igual con los seis fragmentos que te quedan?

—Sí, pero esta clave es algo distinta —objetó Uno.

—¡Y tanto que es distinta! Como que se trata de una serie de frases, divididas en siete partes y repartidas en siete mentes. Pero las que hemos conseguido, no lo son por orden sucesivo, es decir el uno, el dos, el tres y así hasta el seis, faltándonos solamente el fragmento número siete, sino que lo fueron por un orden arbitrario… el que nos permitieron las circunstancias.

Uno hizo un gesto de impaciencia.

—No haces más que repetirme cosas archisabidas —dijo.

—Es que quiero que entre la comprensión en tu cerebro —contestó su compañero—. Si tuviéramos los seis primeros fragmentos, el final del conjunto de frases, digamos más bien el párrafo, sería relativamente fácil de completar. Pero el fragmento que nos queda es precisamente el central, el número cuatro y si ya es difícil reconstruir el conjunto de frases en escritura normal, imagínate lo que ocurrirá cuando se trata de una clave.

—Bien, ¿y qué quieres decirme con esto?

—Muy sencillo: necesitamos los servicios de un criptógrafo. Le entregamos las seis claves que tenemos en nuestro poder y que nos lo descifre a lenguaje llano y ordinario.

Hubo una pausa de silencio.

—¿Y después? —preguntó Uno al cabo.

—¿Cómo «después»?

—El criptógrafo sabrá tanto como nosotros.

Dos sonrió torvamente.

—Sabrá lo mismo que sabe ahora el profesor Tkimos-30 —contestó—. Naturalmente, cuando haya acabado su trabajo.

Uno sonrió también.

—Eres un chico listo —dijo.

—Ya lo sé —respondió Dos llanamente—. Por eso ando metido en estos jaleos. ¡Vamos!

XI

Pete Douglas hizo retroceder el cronomóvil a unos minutos más tarde de la partida al tiempo precedente.

—¿Han oído ustedes? —dijo Elyn, indignada.

—A las mil maravillas —contestó el científico.

Jake estaba sumamente preocupado.

—¿No dice usted nada? —le preguntó Elyn.

—Estoy preguntándome adonde podrán ir esos dos tipos —respondió Jake.

—A buscar a un criptógrafo, claro —dijo Douglas.

—¿Y dónde pueden hallarlo mejor que en la Embajada de Lroimos?

Era Elyn la que había hablado. Jake volvió los ojos hacia ella.

—¿Usted cree que si Uno y Dos actuasen por cuenta de la embajada, no tendrían ya el problema resuelto, sólo con llevar sus seis séptimas partes de clave al gabinete de cifra?

—¡Es verdad! —exclamó la joven.

—Entonces, buscarán un criptógrafo particular —dijo el científico.

—No los hay, no es una profesión como la de médico o abogado —manifestó Jake—. Que yo sepa, todos los criptógrafos trabajan para el gobierno. Siempre ha sido así…

—Pero ellos no van a buscar a un criptógrafo terrestre para que les traicione —alegó Elyn.

—¿Es que no ha oído la forma en que le pagarán cuando haya descifrado la clave?

Elyn asintió.

—Buscarán a un criptógrafo y le pagarán lo suficiente para tentarle y que les haga el trabajo en sus horas libres. Luego… —murmuró sombríamente.

—¿Y no hay un modo de impedirlo? —preguntó Douglas.

Jake reflexionó unos momentos.

—Tenemos que seguirles —respondió al cabo—. Douglas, no podemos hacer nada por evitar que hagan lo que ya está hecho, pero sí evitar lo que quieren hacer.

—Comprendo. ¿Cómo lo conseguiremos?

—Volviendo al punto en que terminaron de estropear el trabajo y siguiéndoles dondequiera que vayan.

—¿Ya podremos ir tras ellos? —dudó Elyn.

—Sí, porque si no me equivoco, su cronomóvil adolecerá del mismo defecto que el nuestro… perdón, el del amigo Pedrito: es decir, lentitud en los desplazamientos espaciales.

—Comprendo —contestó la muchacha.

—Pero con una condición —terció Douglas.

—¿Cuál? —preguntó Jake.

—La persecución se iniciará y se suspenderá lo necesario para que Elyn pueda ser interrogada en el detector de mentiras. Es un tiempo que ha ocupado en un acto que no se puede soslayar, porque podría tener influencias en su futuro.

Elyn miró a Jake.

—Conforme —accedió el joven—. Otra de tus famosas paradojas, ¿no?

—Justamente.

—Y… —Jake hizo un gesto significativo con la mano—, ¿no podrías dar un pequeño rodeo por un ladito de esa línea del tiempo de Elyn?

—No.

Jake volvió los ojos hacia la muchacha.

—No puede —dijo con acento resignado.

Ella sonrió y le oprimió el brazo con gesto cariñoso.

—¡Ánimo! ¡Acabaremos encontrando a esos dos criminales y…!

Mientras hablaba, Douglas se acercaba a su cronomóvil. De pronto, lanzó un agudo grito.

—¡Eh!

Jake y Elyn volvieron la vista hacia el científico. La atmósfera se enturbiaba delante de Douglas.

—¿Qué es eso? —exclamó la muchacha.

Jake se sintió asaltado por un súbito presentimiento. De pronto, el cronomóvil en donde viajaban los dos hombres de Lroimos se hizo visible.

La portezuela se abrió. Jake vio a Uno empuñando una pistola de forma muy rara y aspecto desusadamente grande.

—¡Venga, Elyn! —gritó, tirando de la muchacha.

Casi tuvo que llevársela a rastras, pero su oportuno gesto le

salvó la vida. Uno disparó el arma una vez y Douglas, cogido por sorpresa, no pudo escapar.

El cuerpo del científico se convirtió en una ascua de luz dorada, que desapareció casi en el acto. Al extinguirse el resplandor, ya no quedaba el menor rastro de Douglas.

Uno hizo varios disparos en distintas direcciones. Las paredes del barracón comenzaron a arder.

El cronomóvil estalló cuando Uno le dirigió un par de descargas. Jake y Elyn salvaron la vida, escondidos tras una pila de cajones de embalaje, delante de los cuales había uno de los aparatos de control construidos por Douglas.

El aparato se incendió, pero paró las descargas. Uno dejó de disparar cuando vio que el cobertizo era una masa de llamas.

Entonces, Dos puso en funcionamiento el mecanismo de traslación temporal y el aparato y sus dos hombres desaparecieron de aquel lugar en contados segundos.

Jake agarró a Elyn de la mano y echaron a correr. Mientras escapaban del cobertizo en llamas, Elyn lloraba a lágrima viva.

* * *

Jake se paseaba furiosamente por el salón de su casa, mientras Elyn, desmoralizada, se había derrumbado sobre un diván. La inesperada muerte de Douglas había anonadado a la muchacha.

—La culpa fue mía —dijo Jake—. Sabiendo la clase de gente que son esos tipos, ni siquiera se me ocurrió llevar un arma…

Pensó en la pistola de dardos paralizantes, pero se la había dejado después de regresar del edificio donde estaba el detector de mentiras. Además, el cobertizo era muy grande y no tenía la seguridad de que los dardos hubieran alcanzado a Uno.

—Con reproches, no conseguirá nada, Jake —manifestó Elyn—. Usted hizo lo que pudo y su conciencia debe estar tranquila.

—Sí, pero mi pobre amigo murió por mi culpa. ¡Si yo no hubiese ido a buscarle!

—En tal caso, la culpable fui yo, por buscarle a usted. Pero si no me hubiese dado su tarjeta de visita en el apartamiento de Tkimos-30, no le habría visitado y… Oh, Jake, dejémonos de pensar en lo ocurrido. Hagamos algo en lugar de estar aquí hablando de

tonterías que no resuelven nada.

Jake la miró con cierta admiración. Elyn parecía haberse recobrado del duro trancé sufrido.

—Usted conoce mejor que yo las costumbres de la Tierra —siguió ella—. Uno y Dos no pueden recurrir a los servicios de cifra de la embajada, luego tienen que hacerlo por medio de un criptógrafo terrestre. Y, según dijo usted, no son hombres que abunden.

—Pero tampoco son conocidos. Sin embargo…

Jake se mordió los labios.

—Puede haber una solución —añadió de repente—. ¿Quiere venir conmigo?

—¿Adonde? —preguntó Elyn.

—A ver a un tipo que, en cierta ocasión, me organizó el más hermoso jaleo que me he visto en los días, de mi vida. ¡Corramos!

El tirón que Jake dio de la mano de Elyn casi la arrancó del suelo. A ella no le desagradó en absoluto el vehemente comportamiento del terrestre.

Albert Öpp miró con sorpresa y recelo a la pareja que entraba por las puertas de su estudio. El recuerdo de lo ocurrido le hizo temblar.

—Le aseguro que me asusté… Por supuesto, usted no es un asesino, señor Díaz…

—Déjese ahora de excusas, Albert —cortó el joven secamente—. Mi amigo Peter Douglas me dijo que usted poseía una retentiva fabulosa.

—Bueno, lo corrientito…

Jake sacó un fajo de billetes de a mil solares exteriores y lo arrojó sobre una silla.

—Deje todo lo que tenga entre manos y reprodúzcame inmediatamente las caras de aquellos dos individuos a quienes vio en mi despacho —pidió imperativamente.

Öpp miró alternativamente a Jake y a Elyn y terminó por asentir.

—Conforme.

Eligió una hoja de papel blanco, la colocó sobre un tablero y empezó a dibujar.

La mano de Öpp se movía con una rapidez mágica. Quince

minutos más tarde, quitaba la hoja del tablero y la ponía delante de los ojos de la pareja.

—¿Qué les parece?

Jake movió la cabeza admirado.

—Ni que hubiera-tenido delante al modelo —dijo.

Öpp se señaló la frente.

—Está aquí —sonrió—. Dentro de un cuarto de hora tendrán al otro.

Volvió al trabajo. Mientras, Jake descubrió un visófono en un rincón del estudio.

—¿Puedo usarlo?

—Claro —contestó el artista.

Jake se fue hacia el aparato y buscó en el indicador automático de números. Una vez tuvo el que deseaba, lo marcó y esperó unos instantes.

El rostro de una rubia gorda y madura apareció ante sus ojos.

—Jake, muchacho —exclamó la rubia—. ¿Dónde te has metido todo este tiempo?

—Trabajando, Nina —contestó el joven—. Necesito pedirte un favor.

—Lo que quieras, chico. ¿De qué se trata?

—¿Conoces a «El Lince»?

La rubia soltó una estridente risotada.

—Más que a mi papada —contestó con excelente humor—. ¿Qué le digo?

—Sólo una cosa: que me espere todo el tiempo que sea. En cuanto le veas aparecer, díselo. Añade que también hay dinero en perspectiva. Honrado, ¿entiendes?

La rubia hizo una mueca.

—Tú no te lo ganarías de otra forma, Jake —contestó—. Está bien, se lo diré. ¿Hoy mismo?

—Aunque sean las doce de la noche, y si a esa hora no he llegado, que siga esperando.

—Vamos, que acampe en mi bar.

—Justamente. Gracias y hasta luego. Nina.

—Hasta luego, chico.

Jake cortó la comunicación. Elyn preguntó:

—¿Quién es esa mujer?

—Se llama Nina Frank y es la dueña de «El Pelícano Dorado», un bar de, a decir verdad, no muy buena reputación.

—¿Y «El Lince»?

Jake sonrió sibilinamente.

—Uno y Dos se han sobrevalorado a sí mismos —contestó—. Como yo, en cierta ocasión, confié demasiado en las máquinas, olvidándome de que, por ahora, el factor humano es insustituible.

—¿Y…?

—Sencillamente, vamos a trabajar en colaboración con el hampa de la ciudad. —Jake meneó la cabeza—. Los tiempos cambian, pero aún estoy por ver una gran ciudad, sea donde sea, que no disponga de su correspondiente sector poco… bueno, de los barrios bajos, ¿comprendes?

Elyn se estremeció.

—En Lroimos no existen en ninguna ciudad —contestó.

—Lroimos es otro mundo —dijo Jake.

—Será una experiencia fascinante —murmuró Elyn.

—Para mí, las experiencias han sido de muy distinto modo. —Jake se acordaba de la pelea que había tenido consigo mismo y sintió escalofríos.

Por nada del mundo deseaba volver a pasar por un trance semejante.

XII

Jake llegó a «El Pelícano Dorado» con una cartera en una mano y el brazo de Elyn en la otra. A indicación de Jake, Elyn se había ataviado de un modo recatado, pero sus piernas, que quedaban visibles hasta quince centímetros más arriba de las rodillas, constituían un blanco inevitable para las miradas de los hombres.

Se acercaron al mostrador. Nina Frank dominaba a la clientela con su enorme humanidad, y pocos clientes había que se atreviesen a gastarle bromas acerca de su voluminoso corpachón.

—Hola, Nina —le saludó Jake—. Estás hecha una sílfide.

—A otro hombre le hubiese roto un sifón en la cabeza inmediatamente —contestó ella, riendo—. La sílfide es esa nena que llevas al lado. ¿De dónde has sacado al bombón?

Elyn enrojeció vivamente, mientras Jake reía con expresión bienhumorada.

—De un sitio donde se quedaron sin el único ejemplar —contestó—. Pero no hablemos de nosotros, ni de tu faja ni de tus frustrados métodos de adelgazamiento. ¿Has empleado el método del tazón diario de guisantes?

—¡Me moriría de hambre! —protestó Nina.

—No, si no tienes que comértelos. Derrámalos por la habitación y luego, sin ponerte de rodillas, recógelos uno a uno…

—Jake —rio la mujer—. te estás ganando el botellazo. Y desde aquí veo a Bob que se está impacientando en aquel rincón.

Jake sacó un billete y lo puso sobre el mostrador.

—Para tu hermana —dijo.

—No tengo hermanas —contestó Nina.

—Un día de éstos irás a un cirujano y sacará dos mujeres de ti. La otra será tu hermana, ¿no?

Elyn rio argentinamente. Jake tiró de su brazo y se la llevó a la mesa donde ya les aguardaba el hombre a quien había citado.

Bob Collins, «El Lince», merecía el apodo. Era un sujeto delgado, de mediana estatura, nariz aguileña y ojos astutos, que no se estaban quietos un solo momento. Jake estrechó su mano y le presentó a Elyn.

«El Lince» contestó brevemente a los saludos. Luego indicó dos

sillas.

—Te escucho, Jake —murmuró.

Jake puso la cartera sobre la mesa.

—«Lince», tú me debes un par de favores —empezó.

—Lo reconozco.

—Ahora te los voy a recordar, pero no quiero que trabajes en balde. Por supuesto, es un trabajo honrado.

—Sí.

—Dentro de la cartera hay doscientas fotografías.

A cada una le corresponden dos billetes de a mil solares exteriores.

—Un buen pico —aprobó «El Lince».

—Hay cien mil más. Son para ti, pero quiero resultados.

—¿Qué resultados?

—Tú conoces a mucha gente por… por aquí. Reparte fotografías y billetes. Que busquen por todas partes a los dos tipos retratados. Inmediatamente que localicen a los dos, o a uno sólo de ellos, que me avisen, sea de día, sea de noche.

—Entiendo. ¿Nada más?

—Salvo que es urgente y que aquel que encuentre la primera pista tendrá una gratificación extra de cinco mil, nada más.

«El Lince» abrió la cartera y extrajo una cartulina, en la que se veían juntos los rostros de Uno y Dos.

—Son dibujos —observó.

—Pero sumamente fieles. Por… razones que no son del caso, no se les ha podido tomar una fotografía, fidelísimo.

—Entiendo —dijo «El Lince», volviendo la fotografía a la cartera —. Se hará lo que se pueda.

—Hubiéramos venido antes, pero nos demoró tener que hacer doscientas copias del mismo cliché —explicó Jake innecesariamente.

—Claro. Vete tranquilo, muchacho.

Jake se puso en pie. Elyn le imitó.

En la calle, Elyn dijo:

—¡Qué hombre más parco en palabras!

—Precisamente porque sabe mucho, comprende el valor del silencio —contestó él.

—¿Es un asesino profesional?

—Resulta difícil explicar lo que hace, pero puedo asegurarle que no mata ni ordena matar a la gente.

—Respiro aliviada —sonrió Elyn.

—No trato yo con asesinos —contestó Jake. Y añadió con dureza, pensando en los dos hombres de Lroimos—. En todo caso, lucho contra ellos.

* * *

Elyn se paseaba impaciente.

—Jake —dijo, deteniéndose de pronto—, y han pasado tres días y no tenemos aún la menor noticia de «El Lince».

—Lo sé. —Tendido en el diván, Jake lanzó un dardo y lo clavó a pocos milímetros de la diana.

—¿Y si mientras tanto ellos descifran la clave?

Jake lanzó otro dardo.

—¿Quiere que le sea franco, Elyn?

—Por supuesto.

—Verá, hablando desde una perspectiva terrestre, no me importa que descifren la clave. Tengo la sensación que es un problema de política interna de Lroimos.

—Desde luego.

—Por lo tanto, es un asunto que no me concierne…

El dardo hizo diana. Elyn fue hacia el blanco y lo descolgó de la pared.

—Me está poniendo nerviosa —dijo.

—Jake se levantó, le quitó el blanco y lo colgó del mismo clavo. Luego arrancó todos los dardos y se los puso en la mano.

—Esto es ideal para tranquilizar los nervios —dijo.

—Estábamos hablando de la clave —protestó ella.

—Lo sé, y le dije que es un asunto que no me concierne, pero lo que sí me afecta directamente es haber sido forzado a cometer un crimen. ¡Lo vi con mis propios ojos… me vi a mí mismo sofocando a Tkimos-30…!

Elyn se acercó al joven y le puso una mano en el brazo.

—Cálmese, Jake —rogó—. Usted fue solamente el arma, el instrumento mortífero, tan irresponsable como el cuchillo o la bala. Ellos son los verdaderos autores del crimen, los que imbuyeron en

su mente la idea de matar. No se torture más, se lo ruego.

Jake la miró y sonrió.

—Yo me pregunto qué habría hecho si no la hubiese encontrado a usted —dijo.

Elyn movió la cabeza.

—Desde el momento en que Uno y Dos fueron a verle, tenía que encontrarme. Estaba escrito.

—Sí, con trazos imborrables. —Jake se acercó a ella y la cogió por los hombros—. ¿Volverá a Lroimos cuando todo esto haya terminado?

Los labios de la joven temblaron.

—Pues…

Elyn no pudo seguir hablando.

—El visófono —dijo Jake, al oír el sonido del zumbador de llamada.

Soltó a la muchacha, giró en redondo y se abalanzó sobre el aparato.

—Habla Jake Díaz —casi gritó, apenas dio el contacto.

El rostro de un sujeto desconocido apareció en la pantalla.

—Soy amigo de Bob Collins —dijo.

—Comprendo. ¿Algo nuevo?

—Sí, señor Díaz. Sus… amigos están en una casa de campo situada a dos kilómetros al oeste de la Perspectiva Bickrey. Se llega por un camino secundario y la casa es inconfundible: tiene las ventanas pintadas de azul y amarillo. Han querido imitar un estilo centroeuropeo, ¿comprende?

—Entendido. Vea luego a Bob; él le dará de mi parte los cinco mil solares extra.

—Gracias, señor Díaz.

Jake cortó la comunicación.

—Bueno, nos ponemos en campaña —dijo.

Los ojos de la muchacha brillaban.

—Ya los hemos encontrado, Jake —dijo.

—Sí. Y le aseguro que esta vez no me encontrarán desprevenido. —Consultó el reloj—. Son las siete de la tarde; sin correr demasiado, podemos encontramos allí antes de una hora. Otra Cosa, usted viene de Lroimos, un país donde, a lo que parece, el uso de los cronomóviles es más frecuente que aquí.

—Sí, es cierto, aunque su empleo está severamente reglamentado.

—¿Sabe manejarlos?

—Por supuesto.

—Entonces, no se hable más. —Cogió su mano y tiró de ella hacia la puerta—: ¡Al ataque!

XIII

El gravimóvil descendió silenciosamente a un par de cientos de metros del lugar señalado por el confidente. Jake saltó fuera, ayudó a la muchacha a hacerlo y luego miró en torno suyo.

Las luces de un edificio se veían cerca de ellos.

—Allí —murmuró él.

Elyn se agarró a su mano. Caminaron silenciosamente, deteniéndose de cuando en cuando a escuchar.

Pocos minutos más tarde, llegaban a las inmediaciones del edificio, que era de dos pisos. En un lado del mismo, divisaron un cobertizo, destinado indudablemente a guardar los vehículos.

Las ventanas de la planta baja estaban brillantemente iluminadas. Jake se acercó a una de ellas y vio a un desconocido trabajando en una mesa cubierta de papeles.

El hombre escribía afanosamente con un lápiz. A su lado, terna una máquina con un teclado semejante a las de escribir, aunque con una docena de teclas más, una pantalla muy alargada sobre el teclado y un carro desusadamente corto.

De cuando en cuando, dejaba el lápiz, pulsaba unas cuantas teclas, observaba el resultado en la pantalla y, tras unos minutos de reflexión, seguía escribiendo.

—Es el criptógrafo —susurró Elyn.

—Y no parece trabajar voluntariamente —dijo Jake, indicando a un sujeto de aspecto poco recomendable, que permanecía sentado en un sillón, no lejos de la mesa y con una pistola al alcance de la mano.

—Pero Uno y Dos no están.

—Habrán salido, quizá.

Callaron un momento. De pronto, Elyn sugirió:

—¿Rescatamos al criptógrafo?

—Espere un momento —dijo él—. Antes quiero comprobar una cosa. Venga conmigo.

Ella le siguió. Jake se dirigió al cobertizo y tanteó la cerradura de la puerta.

—La llave está echada, pero no tengo ganar de perder el tiempo —murmuró.

De su cinturón colgaba algo parecido a un lápiz bastante grueso y de unos veinticinco centímetros de largo. Jake lo desenganchó y encaró la punta del lápiz justamente encima de la cerradura.

Un brillante dardo de luz partió del tubo. Jake describió un círculo en torno a la cerradura.

—Es un soplete. La llama sale a cuatro mil quinientos grados —explicó.

El dardo de luz no era más grueso de medio milímetro, pero fundía imparcialmente cuanto tocaba. En pocos segundos, la cerradura saltó de su sitio.

Jake descorrió la puerta. Algo que brillaba oscuramente apareció ante sus ojos.

—Ellos no están, pero sí su cronomóvil —dijo, lleno de satisfacción—. Entre, Elyn.

La muchacha obedeció. Jake cerró la puerta y encendió la luz.

Para evitar que se viera el resplandor desde afuera, tapó el orificio con una bala que colocó apoyada en la madera de la puerta. Luego se acercó al cronomóvil.

—Es bastante distinto del de mi amigo —dijo.

—Está construido en otro mundo —contestó Elyn—. ¿Qué quiere que haga?

—Solamente una cosa: explicarme su manejo.

—Bien, siéntese junto a mí.

Elyn ocupó el asiento del piloto. Jake se sentó a su lado.

Durante unos minutos, Elyn estuvo explicándole el manejo de los distintos controles.

—No es demasiado difícil —dijo Jake al cabo.

—Desde luego, pero, ¿adónde quiere ir?

—¿Yo? ¡A ninguna parte! ¡Todo lo contrario: quiero enviar a…!

Jake se interrumpió: ya tenía un destornillador en la mano e, inclinado hacia adelante y a su izquierda, estaba quitando el panel metálico que había bajo el tablero de mandos.

Un confuso revoltijo de cables apareció ante sus ojos. Tras unos momentos de reflexión, sacó unos alicates y realizó unas cuantas operaciones, cortando en unos sitios y empalmando en otro.

Al terminar, colocó de nuevo el panel. Aseguró los tornillos y se incorporó.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó ella.

—Se lo diré en seguida. Venga.

Jake saltó al suelo. Acuciada por la curiosidad, Elyn le siguió en el acto.

—Opino que Uno y Dos tienen que venir un momento u otro. Les esperaremos —dijo Jake.

Apagó la luz. Quitó la tabla y descorrió la puerta.

—Sí, pero antes me tiene que explicar…

—¡Silencio! —cortó Jake—. Creo que vienen ya.

Un objeto oscuro descendía de lo alto. Jake corrió la puerta casi del todo, dejando solamente lo justo para poder ver lo que pasaba en el exterior.

El gravimóvil se detuvo y un hombre saltó fuera. Metió la mano dentro y tiró hacia sí.

—Vamos, bruja, salga de una vez —dijo Dos malhumoradamente —. Échala a patadas, si es preciso, tú —increpó a su compañero.

—Mi tía —dijo Elyn ahogadamente.

—Parece que la han localizado —convino Jake a media voz.

Se oyó un grito de irritación.

—¡Vosotros no podéis traerme aquí! —gritó Dikreia-11 furiosamente—. ¡Esto va contra todas las leyes…!

—Si no se calla, la estrangulo —gruñó Uno.

—¡Atrévete, Yatz-12! —le desafió ella—. ¿Vas a matarme… como hiciste con los seis restantes?

—Basta ya, basta ya —dijo Dos, terriblemente impaciente—. Acabemos de una vez…

—¡No me da la gana, miserables traidores! —contestó Dikreia-11 corajudamente—. Os llevó años ejecutar el plan, sobre todo, porque desconocíais los nombres de quienes poseíamos la clave parcial, pero estáis decididos a llevarlo a cabo, para venderlo a Wrahlant, ¿no es cierto?

—¿Qué es Wrahlant? —preguntó Jake.

—El XIX Sistema de Lroimos —contestó ella.

—¿Y qué? —rezongó Dos—. Es una tontería tener guardado un secreto que puede reportamos millones y que se está pudriendo estúpidamente en una caja de caudales, sin provecho para nadie.

—El provecho lo es que no se utilice. Se destruiría una vasta zona de la Galaxia si Wrahlant lo desarrollara… porque lo utilizaría, sin duda alguna. ¿Os habéis parado a pensar lo que podría ocurrir?

—Nos importa un rábano —mascullló Uno—. En todo caso, estaríamos muy lejos y… ¡Vamos, adentro; si el criptógrafo no ha terminado, ella nos lo dirá!

Los dos rufianes se llevaron a la mujer a rastras. Elyn oprimió el brazo de Jake.

—Tenemos que hacer algo para ayudarla —dijo.

—Vamos —contestó él, abandonando el cobertizo.

Antes de acercarse en la casa, entró en el gravimóvil. Sentóse ante los mandos, puso en marcha el aparato y luego se tiró a través de la portezuela. Rodó un par de veces y se puso en pie, mientras el gravimóvil se elevaba verticalmente.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó ella.

—El gravimóvil continuará ascendiendo, alejándose de la Tierra, hasta que alguna patrulla del espacio lo pare. Uno y Dos no van a necesitarlo.

Se acercaron a la ventana anterior. Jake sacó del bolsillo algo parecido a un estetoscopio, con dos audífonos, entregó uno a Elyn y se aplicó el otro a la oreja derecha. El estetoscopio quedó apoyado sobre el vidrio.

Dikreia-11 estaba ya en la habitación. El vigilante se había puesto en pie y permanecía a un lado, en actitud expectante.

Uno y Dos se hallaban frente al criptógrafo.

—¿Cuánto falta, Evans? —preguntó Uno.

—Bastante. Lo menos dos días de trabajo. Sin embargo, creo haber adivinado la base de la clave. Hay que ir eliminando letras y más letras, traducidos los mensajes parciales a idioma terrestre, por supuesto, para quedarse con las doce o catorce que, supongo, deben permitir la apertura de la caja de caudales. Tengo un par de ellas, pero las demás saldrán fácilmente así que…

—No nos importa —atajó Dos bruscamente—. Tenemos aquí a la persona que conoce la séptima parte de la clave y ella nos lo dirá en seguida.

—¡No! —protestó Dikreia-11—. No lo diré jamás, Mir-40. ¿Tienes ganas de que provoque una catástrofe galáctica?

El criptógrafo miró horrorizada a Dikreia-11.

—¿Está loca esa mujer? —preguntó.

—¡No estoy loca! ¿Sabe usted lo que pasará cuando estos rufianes miserables encuentren la clave y abran la caja? Hallarán el

secreto más horrible que una persona se pueda imaginar… un arma capaz de destruir de golpe varios sistemas solares, convirtiéndolos en polvillo estelar. ¿No se imagina lo que pasará entonces?

»Allí donde se destruyen esos cientos de planetas, con sus estrellas y sus satélites, se provocará un gran vacío, que causará gravísimas perturbaciones orbitarias en los sistemas colindantes. ¿Ha visto usted alguna vez el agua precipitarse por un orificio? ¿No ha visto el remolino que se produce? ¡Pues imagíneselo a escala cósmica y sabrá así que una parte de la Galaxia puede desaparecer en ese agujero por la ambición de dos miserables sin conciencia!

El criptógrafo estaba aterrado.

—No lo crea —refunfuñó Uno—. Esa mujer está loca de remate…

—Lo mejor será que la pongamos en «tratamiento» —dijo Dos.

Jake agarró a Elyn por la mano.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo.

Dieron la vuelta a la casa. Jake usó su soplete para abrir las puertas. Los gritos de Dikreia-11 atronaban el ambiente.

—Su tía tiene unos pulmones magníficos —sonrió.

Una puerta se abrió de súbito.

—Date prisa —sonó la voz de Uno—. Necesitamos esas cuerdas inmediatamente…

El vigilante cruzó el umbral. Cerró la puerta y se encontró flanqueado por dos personas.

Jake le golpeó en la mandíbula antes de que pudiera recobrarse de su sorpresa. Luego se inclinó sobre él, le desarmó y lo apartó a un lado.

—Campo libre —murmuró.

Y abrió de golpe.

—¡Tía! —gritó Elyn.

—¡Muchacha! —resopló Dikreia-11.

Jake hizo un signo con la mano.

—Usted —se dirigió al criptógrafo—, apártese a un lado.

Y apoyó sus palabras con una descarga que provocó un cortocircuito en la descifradora. El criptógrafo saltó a un lado como impulsado por un resorte.

Uno y Dos aparecían como paralizados por el espanto.

—Ha llegado la hora de ajustar cuentas —dijo Jake

serenamente.

Dos se enderezó.

—Le pagamos…

—Me pagaron para encontrar a Dikreia-11 y detener al asesino de Tkimos-30. Tienen ambas cosas, por lo que la deuda está cancelada… en lo que a mí se refiere. Dikreia-11 está ahí… y los asesinos de Tkimos-30 los tengo delante de mí.

—Cometimos el error de no indagar demasiado en sus antecedentes —reconoció Uno.

—Por eso se encontraron luego con la sorpresa de que yo tenía un amigo que había construido un cronomóvil, ¿verdad? Me resultó de mucha utilidad… y ustedes lo mataron. Pero no se aprovecharán de sus crímenes.

Dos sonrió desdeñosamente.

—¿Nos va a matar con ese tubito?

—No soy un verdugo —contestó Jake plácidamente—. Curioso plan el suyo: contratar a un detective privado, con el cual ya habían tenido tratos anteriormente. Claro que yo no recordaba nada, porque después de la sesión de hipnotismo, en la que me imbuyeron la idea de matar a Tkimos-30, borraron de mi mente todo recuerdo relacionado con el asesinato, posiblemente en otra sesión de hipnotismo, no explorada en el cronomóvil de mi amigo. A propósito, ¿fue en esta segunda sesión donde robaron el gemelo de oro que apareció bajo la alfombra?

—Es probable que se le cayera a usted realmente —contestó Dos.

Jake se encogió de hombros.

—En todo caso, poca importancia tiene, aunque me sirvió para comprobar que mis pesadillas tenían una base real —contestó—. Cometieron un error al encomendarme la búsqueda de Dikreia-11…

—No fue un error —le atajó Uno—. Sabíamos que se encontraría con esa muchacha que tiene al lado.

—Ah —dijo Jake—, el cronomóvil. Estudiaron mis acciones, ¿eh?

—Sí.

—Pero hubo un momento en que me descuidaron: cuando se fueron a buscar a Dikreia-11.

—¿Dónde la encontraron? —preguntó Elyn.

—No hagas preguntas indiscretas —farfulló la aludida, roja como una guinda.

—Se me ocurrió de repente que era aficionada al juego. Allí, en Lroimos no existe —explicó Uno.

—Y la encontramos en Montecarlo —agregó Dos.

—Jugándose las pestañas —dijo Uno.

Elyn miró a Dikreia-11 con cara de reproche.

—¡Tía!

Dikreia-11 se encogió de hombros.

—¿Qué quieres? —contestó—. Una es vieja y fea… en algo tiene que distraerse.

Jake sonrió.

—Sí, es cierto. —Movió la mano izquierda—. Bueno, lárguense. Están derrotados. Ya no conocerán la clave.

Uno y Dos se contemplaron mutuamente.

—Volveremos a vemos —prometió el primero.

—La derrota es momentánea —dijo el segundo.

—¡Salgan!

Uno y dos no se lo hicieron repetir. Cuando llegaron al patio, se encontraron sin su vehículo.

—Podemos irnos en el cronomóvil —dijo Uno.

Dos corrió hacia el cobertizo.

—Sí, pero a unos minutos antes —contestó—. Estaremos prevenidos y apenas entre ese bastardo…

Descorrió la portezuela y encendió las luces.

—Aprisa, Mir-40.

* * *

Elyn miró a Jake con gesto de desagrado.

—No debió haberles dejado ir. Han cometido dos asesinatos.

Jake sonrió.

—No se preocupe —contestó—. Dentro de unos segundos, desearán no haberme conocido.

—¿Qué quiere decir? Ah —exclamó Elyn—, ¿se refiere a… al cronomóvil?

—Exactamente —dijo Jake con plácido acento.

—¿Qué ha hecho en el aparato?

—Convertirlo en un péndulo del tiempo… un péndulo multiplicador.

—No le entiendo —dijo Elyn.

—Ellos tampoco lo entenderán.

* * *

Uno apretó el botón de desplazamiento, una vez establecido el tiempo. Se oyó un ligero chasquido y un segundo cronomóvil, ocupado por dos hombres idénticos a ellos, apareció junto al primero.

—¿Qué has hecho, estúpido? —le apostrofó Dos.

—Pues…

—Corrige el tiempo. Retrocede al mismo micro-segundo.

—Está bien.

Uno manejó los mandos nuevamente. Al cabo de unos segundos, manejó el botón de desplazamiento… ¡y apareció un tercer cronomóvil!

Dos se echó a temblar.

—Esto… pero, ¿qué pasa aquí?

—No… no sé. Corregiré… —dijo Uno, cubierto de sudor. ¡El cuarto cronomóvil se hizo visible!

Hubo un momento de silencio. Los ocupantes de los cronomóviles reproducidos se miraban entre sí.

De pronto, uno de ellos abrió la puerta.

—¡Quiero el original! —gritó.

Dos portezuelas más se abrieron. Locos de terror, Uno y Dos quisieron escapar… ¡y crearon el quinto cronomóvil!

Una cuarta pareja se unió a los tres anteriores. Todos luchaban entre sí ferozmente por apoderarse del cronomóvil original.

Uno de ellos agarró un pesado tablón y arremetió contra la cubierta del transparente vehículo original. Dos más le ayudaron.

El vidrio saltó. Los ocupantes del cronomóvil primitivo se resistieron con todas sus fuerzas, pero fueron expulsados, arrojados al suelo, pateados despiadadamente…

Ocho hombres, extrañamente parecidos entre sí, luchaban con salvajismo sin igual. De pronto, alguien golpeó con un martillo el cuadro de mandos.

Buscaba una cabeza, pero erró el golpe. Un vivísimo relámpago iluminó el cobertizo durante una fracción de segundo.

Cuando se disipó el resplandor, sólo quedaban las ruinas de un cronomóvil y dos cuerpos machacados, bañados en su propia sangre, sobre el suelo del cobertizo.

* * *

—¿Qué fue lo que hiciste? —preguntó Elyn.

—Sencillamente, privar al cronomóvil de su capacidad de desplazamiento en ambos sentidos, excepto unos pocos metros y algunos segundos y corregir el mando temporal, actuándolo en una posición de alternativa.

—Pendular.

—Sí. Cada vez que se desplazaba, iba hacia delante o hacia atrás, pero siempre por la misma línea temporal. Esto creaba una paradoja temporal… y un nuevo cronomóvil con dos ocupantes idénticos al del primero.

—Lo mismo que te pasó a ti, vamos.

—Sí, y por cierto, que hay que ver los golpes que me pegué a mí mismo.

Elyn se estremeció.

—Uno y Dos se lincharon a sí mismos —murmuró.

Dikreia-11 dio dos palmadas en el hombro del joven.

—No te apures, muchacho —dijo—. Se lo merecían. Ah, y cuando hablé confidencialmente con Elyn en Lroimos, no mencioné para nada la clave.

Elyn se sorprendió.

—Pues… ¿qué me dijiste?

Dikreia-11 le guiñó un ojo alegremente.

—Muy sencillo: te previne contra los hombres de la Tierra. —Miró a Jake—. Son muy apuestos y aquí tienes una buena muestra. Pero Mir-40 y Yatz-12, que me seguían los pasos, creyeron que hablábamos de otra cosa y por eso interfirieron las detectoras de mentiras.

—Es usted una encantadora trapacera, Dikreia-11 —sonrió Jake.

—Sí, pero no soy mi sobrina —contestó la mujer—. Y ella sí que es una chica con suerte. Vamos, digo yo.

Elyn sonrió.

Miró a Jake.

—Me parece que yo también lo digo.

Jake la estrechó entre sus brazos.

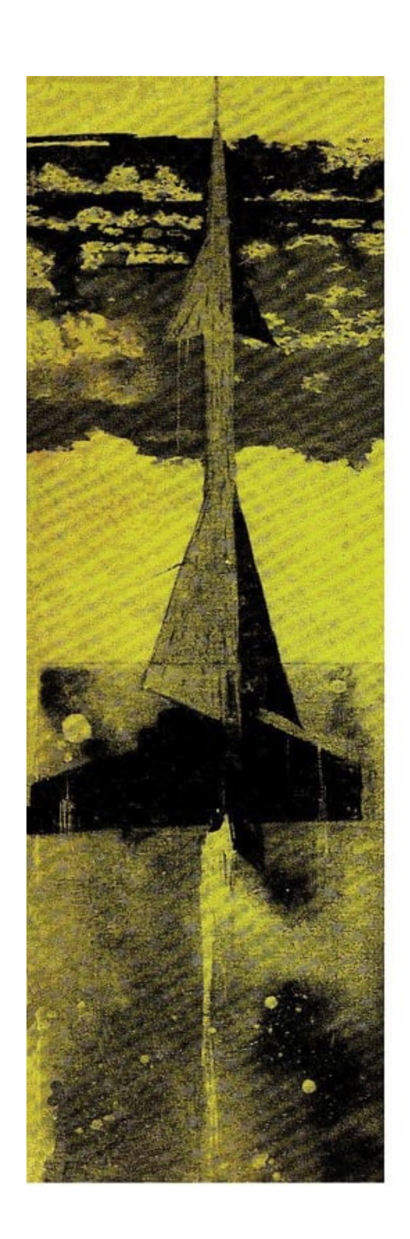
—El tipo con suerte soy yo —murmuró—. Dikreia-11, con su permiso.

La tía de Elyn se dirigió hacia la puerta.

—¿Permiso? ¿Es que me vas a besar a mí? —contestó socarronamente.



BEST-SELLERS DEL OESTE



Próximo número:

Alejados de
su mundo,
de su época
y de su vida,
sostuvieron
la más asombrosa
batalla.

DOS CONTRA
BILLONES

Louis G, Milk

Precio: 9 ptas.